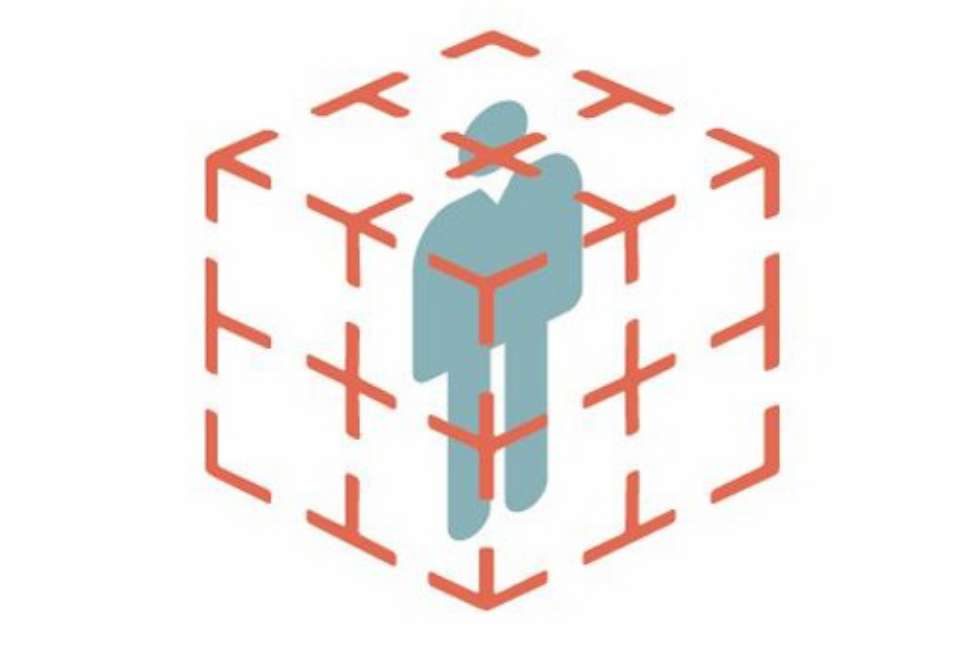


¿Qué es verdad?

La tiranía de la ilusión



Stefan Molyneux

Para mi querida esposa Christina, que me enseña todo lo verdadero y me muestra todo lo que es posible...

Me gustaría agradecer a los oyentes de Freedomain Radio, cuya pasión, generosidad y participación han hecho posible este libro – y todos los libros por venir. Gracias por el don de este tiempo.

'On Truth: The Tyranny of Illusion', Stefan Molyneux. Traducción por Sergio L. Escobar y José M. Pérez. Versión 1.1. Para más información visita moraluniversal.com

La libre distribución de este libro está autorizada, siempre que no se modifique su contenido de ninguna manera.

Desde un punto de vista meramente práctico y a corto plazo no te recomiendo que leas este libro. Este libro estropeará tu vida tal y como la conoces. Este libro cambiará todas y cada una de tus relaciones; principalmente tu relación contigo mismo. Este libro cambiará tu vida incluso si no implementas ninguna de las propuestas que contiene. Este libro te cambiará incluso si no aceptas ni una de las ideas que sugiere. Incluso si lo dejaras ahora mismo, este libro habrá cambiado tu vida, porque habrás aprendido que le tienes miedo al cambio.

Este libro es radioactivo y doloroso – si bien se trata tipo de radiación y dolor que te curará.

Relaciones

En realidad sólo hay tres tipos de relaciones en el mundo. El primer tipo son aquellas con las que todos soñamos: gozosas, de mutuo beneficio, profundas, significativas, divertidas, un auténtico placer de tener y mantener.

Este tipo de relación es extraordinariamente rara. Si fuese un animal ni siquiera estaría en la lista de animales en peligro; se habría considerado extinta.

El segundo tipo de relación es de mutuo beneficio, pero no gozosa, profunda o significativa. Este es el tipo de relación que tienes con tu tendero, tu banquero, y tal vez tu jefe. Es voluntaria, definida por un contrato implícito o explícito, y puede normalmente romperse o dejarse caducar sin sentir culpa, arrepentimiento o remordimiento.

Este tipo de relación no es rara, pero tampoco es muy importante. No perdemos nuestras vidas, nuestra felicidad o nuestras propias almas en el pozo de este tipo de relaciones. Son, como dice el dicho, "fríos cálculos de utilidad mutua". No estamos obligados a visitar el lecho de muerte de nuestro banquero; nuestro tendero no nos fuerza a ir a la iglesia cuando no somos creyentes; rara vez nos peleamos con nuestros jefes sobre si deberíamos bautizar a nuestros hijos o no...

No. Es ese tercer tipo de relación el que más nos preocupa. Es ese tercer tipo de relación el que tan frecuentemente nos tortura. Es ese tercer tipo de relación el que socava nuestro gozo, integridad e independencia.

El primer tipo de relación no incluye obligación, sino placer. No hay necesidad de culpas o manipulación, intimidación o control, exigencias, lágrimas o agresión pasiva. No hace falta ninguna obligación para acercarnos a aquello que nos da placer, del mismo modo que no hace falta engatusar a un niño para que se coma su caramelo.

El segundo tipo de relación no incluye obligación, pero ésta se escoge voluntariamente por mutua ventaja. Si pagamos nuestra hipoteca el banco nos da una casa. La relación es contractual, así que no se necesitan culpas ni manipulación.

Es ese tercer tipo de relación en el que este libro se enfoca.

Es ese tercer tipo de relación el que nos está comiendo vivos.

El tercer tipo

El tercer tipo de relación tiene tres componentes principales. El primero es que la relación no es escogida; el segundo es que incluye obligaciones; y el tercero es que se considera moralmente correcta.

El primer y más importante aspecto de este tipo de relaciones es que no se entra en ellas voluntariamente; naces en ellas. No eliges a tus padres. No eliges a tus hermanos. No eliges al resto de tu familia. No eliges tu país. No eliges tu religión. No eliges tu escuela. No eliges a tus profesores.

Tristemente, cuando eres niño, la lista es cercana a interminable.

Has nacido sin poder de decisión en este mundo, en un ambiente familiar, social, educacional, político y geográfico que es simplemente accidental; y, por el resto tu vida, todo lo que hacen es tratar de convencerte de que eres responsable por este accidente.

Tus padres decidieron tener un hijo. Tú no fuiste involucrado de manera alguna en la elección, dado que ni siquiera existías cuando la decisión fue tomada. Incluso si fuiste concebido por accidente, o adoptado, tus padres decidieron quedarse contigo.

De esta manera, la relación con tus padres cuando eras niño era esencialmente *contractual*; al igual que cuando compras un perro estás obligado a alimentarlo. Naturalmente, es preferible – y ciertamente posible – que la relación con tus padres sea amorosa, mutuamente agradable, respetuosa y divertida. Pero, como dije antes, este tipo de relación es, tristemente, muy rara.

Generaciones enteras de niños han crecido con la idea de que el acto de haber nacido crea una obligación.

Esto es completamente falso, y uno de los mitos más destructivos de la humanidad.

Primero te diré qué es verdad. Luego te diré por qué es verdad. Luego te diré cómo cambiar.

¿Qué es verdad?

Es verdad que tus padres decidieron tenerte. Es verdad que, al tomar esa decisión, tus padres asumieron voluntariamente una obligación hacia ti. Esa obligación tenía dos partes principales: la primera física, y la segunda moral.

La parte física de esa obligación era la vestimenta, comida, atención médica, techo y así sucesivamente; los requerimientos físicos básicos. No dedicaré mucho tiempo a eso en este libro, dado que la inmensa mayoría de los padres consiguen exitosamente proveer de comida y techo a sus niños; y aquellos que no lo hacen son obviamente tan deficientes que un libro filosófico apenas podría iluminarles acerca de sus carencias.

Las obligaciones morales que asumieron tus padres al tenerte fueron de dos aspectos. El primero es más o menos entendido en la sociedad, y consiste en todas las virtudes normales como la de educarte, mantenerte seguro, abstenerse del abuso físico o emocional, y así sucesivamente.

El segundo aspecto de la obligación moral de tus padres hacia ti es mucho más sutil y corrosivo. Es el de la *integridad*, que es un gran desafío para las sociedades en todo el mundo.

Integridad

La integridad puede ser definida como la coherencia entre la realidad, las ideas y el comportamiento. Coherencia con la realidad es no decir al niño que papá está “enfermo” cuando en realidad está ebrio. Consistencia con el comportamiento es no abofetear a un niño por haber golpeado a otro. El valor de este tipo de integridad es bien entendido por mucha gente, aún cuando es practicado en forma imperfecta, y no lo trataremos mucho aquí tampoco.

Es la consistencia con las ideas la que causa la mayoría de los problemas para las familias; y el mayor sufrimiento a largo plazo para el niño en el transcurso de toda su vida.

Cuando eras pequeño, se te dijo una y otra vez que ciertas acciones eran o buenas o malas. Decir la verdad era bueno; robar era malo. Golpear a tu hermano era malo; ayudar a tu abuela era bueno. Estar a tiempo era bueno; no completar las tareas era malo.

Implícitas en todas estas instrucciones – instrucciones morales – estaba la premisa de que tus padres sabían qué era correcto, y qué equivocado; qué estaba bien, y qué estaba mal.

¿Realmente piensas que eso era cierto? ¿Piensas que tus padres sabían lo que era el bien y el mal cuando eras niño?

Cuando le decimos a un niño que algo está mal – no sólo incorrecto, sino moralmente malo – existen solamente dos posibilidades. La primera es que realmente *sabemos* lo que es bueno y malo en general, y estamos aplicando este conocimiento universal a una acción específica del niño.

Así es como se representa esto siempre al niño; lo cual es, casi con total seguridad, la mentira más peligrosa del mundo.

La segunda posibilidad es que estamos diciendo a nuestro niño que sus acciones son “incorrectas” por una variedad de razones que nada tienen que ver con la moral.

Por ejemplo, podríamos decir a un niño que robar es incorrecto porque:

1. Estamos avergonzados por las acciones de nuestro hijo.
2. Tenemos miedo de ser juzgados como padres deficientes.
3. Tenemos miedo de que se descubra que nuestro hijo ha robado.
4. Estamos simplemente repitiendo lo que se nos inculcó.
5. Disfrutamos de humillar a nuestro hijo.
6. Corregir a nuestro hijo en cuestiones “éticas” nos hace sentir moralmente superiores.
7. Queremos que nuestro hijo evite comportamientos por los que nosotros fuimos castigados de niños.

... y así sucesivamente.

Siempre que no estén aterrorizados, la mayoría de los niños, las primeras veces que reciben instrucciones morales generalmente responderán preguntando: “¿Por qué?” ¿Por qué robar está mal? ¿Por qué está mal mentir? ¿Por qué está mal ser abusivos? ¿Por qué está mal golpear a otros?

Todas estas son preguntas perfectamente válidas, semejantes a preguntar por qué el cielo es azul. El problema surge en el hecho de que los padres no tienen respuestas racionales, pero fingen continuamente que las tienen.

Cuando un niño nos pregunta por qué algo es incorrecto, nos pone en un terrible aprieto. Si decimos que no sabemos por qué mentir está universalmente mal, creemos que perderemos nuestra autoridad moral a los ojos del niño. Si decimos que sí sabemos por qué mentir está mal, entonces conservamos nuestra autoridad moral, pero sólo mediante la mentira.

Desde la caída de la religión, hemos de veras perdido nuestro rumbo en términos éticos. Como ateo, no lamento la pérdida de las ilusiones de dioses y demonios; pero estoy alarmado con el hecho de que no hemos admitido aún que la caída de la religión no nos ha provisto de una brújula moral racional y objetiva.

Al no admitir el hecho de que no sabemos lo que estamos haciendo éticamente, estamos perpetrando un grave error moral sobre nuestros hijos.

Básicamente, les estamos mintiendo acerca de ser bueno.

Les decimos que ciertas cosas que ellos hacen son correctas o no; sin decirles aún que no sabemos por qué lo son. Si nuestro niño nos pregunta por qué mentir está mal, podemos decirles que eso causa dolor en las personas – pero ir al dentista también – o podemos decir “no te gustaría que alguien te mintiera” – lo cual sería un incentivo para no ser pillado, no para abstenerse de mentir – y así sucesivamente. Cada respuesta que se nos ocurre nos lleva a más preguntas e incoherencias. ¿Qué hacemos entonces?

Qué necesidad hay, entonces, de ser abusivos con ellos.

Esto no significa golpearles o gritarles – aunque tristemente muy a menudo este es el caso – porque, como padres, tenemos una infinidad de tácticas pasivo-agresivas como suspirar, cambiar el tema de conversación, ofrecerles una golosina, llevarles a una caminata, decir que se está “demasiado ocupado”, distraerlos o rechazarlos de mil maneras.

Este tipo de preguntas inocentes acerca de la moral es una especie de horror para los padres. Como padres, debemos retener nuestra autoridad moral sobre nuestros niños; pero, como ciudadanos de la modernidad, no tenemos base racional para esa autoridad moral. Así, nos vemos forzados a mentir a nuestros niños acerca de ser buenos y acerca de nuestro conocimiento de la bondad; lo que transforma a la virtud de una disciplina racional a un temible cuento de hadas.

En el pasado, cuando la mitología religiosa era dominante, cuando los niños preguntaban: “¿De dónde salió el universo?”, los padres respondían que Dios lo hizo. A pesar de la supersticiosa ignorancia de aquellos que incluso ahora hacen las mismas afirmaciones, la mayoría de los padres modernos proveen la explicación científica y racional acerca del origen del universo; o cuanto menos remiten a sus hijos a internet, una enciclopedia, o la biblioteca.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que la cuestión del origen del universo era muy difícil de responder; cuando las explicaciones religiosas fueron tornándose cada vez menos creíbles, pero sin que las explicaciones científicas estuvieran todavía completamente establecidas. En este tiempo los padres deberían haber dicho, si hubiesen querido hablar con integridad: “No sé de dónde proviene el universo”.

De haber expresado abiertamente su falta de certidumbre, los padres no solamente hubiesen actuado con honestidad e integridad, sino también estimulado a sus hijos a buscar una verdad que estaba en realidad fuera de su alcance.

Desafortunadamente, hoy día todavía sufrimos por dificultades similares, pero con respecto a un tema muchísimo más importante. La base religiosa de la ética ha ido decayendo, y carecemos de una teoría creíble o aceptada para reemplazarla. Durante un tiempo, el patriotismo y la lealtad a la cultura tuvieron algún poder para convencer a los niños de que sus mayores tenían algún conocimiento objetivo sobre la ética; pero mientras la corrupción militar y del gobierno se hacen cada vez más evidentes, la lealtad a un país, un estado o un código militar se han vuelto una base cada vez más frágil para absolutos éticos. Incluso nuestras queridas teorías acerca de las virtudes de la democracia están bajo presión creciente; a medida que gobiernos agigantados continúan apartándose de los deseos de sus ciudadanos y actúan en un virtual “estado de naturaleza”.

Las explicaciones religiosas acerca de la virtud han fallado no sólo porque no creamos más en Dios; sino también porque ahora ya es algo evidente en sí mismo que, cuando la mayoría de la gente se refiere a la “verdad”, se están refiriendo en realidad a la cultura.

Cultura

Piensa en un padre que vive en un país musulmán. Cuando su hijo le pregunta: “¿Papá, qué es la bondad?”, generalmente responderá: “Obedecer a Alá, y a Su Profeta”. ¿Por qué es esa su respuesta? ¿Es porque ha tenido una experiencia directa con el Profeta, escribió los libros santos él mismo y recibió una profunda comprensión de la moral directamente del creador original? Si hubiese crecido solo en una isla desierta, ¿sería igual su respuesta?

Por supuesto que no. Está repitiendo simplemente lo que se le ha dicho de niño.

Sin embargo, la cosa va más allá.

Este padre musulmán sabe que su hijo deberá sobrevivir – y con suerte, prosperar – en una sociedad musulmana. Si le dice a su hijo que no sabe lo que está bien o mal, no solamente perderá su autoridad moral a los ojos de su hijo, sino que lo estará preparando para conflictos sin fin con cualquier otra persona en su sociedad.

En otras palabras, dado que los demás mienten a sus propios hijos, ¿cuáles serán los costos – sociales, románticos, económicos, etc. – de decirles la verdad a los tuyos?

Mi vecino tenía cuatro hijos encantadores. Un día, uno de ellos se acercó y me mostró un dibujo que había hecho; una representación bastante decente de Jesucristo, sentado en una roca y rezando a los cielos. Con toda inocencia, me preguntó qué pensaba del dibujo. Naturalmente, sabía que su padre le había dicho que Jesucristo es un hombre-dios viviente y real que resucitó de entre los muertos, que subió al cielo, y que se librerá del pecado si comunica telepáticamente su amor por este fantasma.

Esto no es más ni menos horroroso que cualquier otro culto basado en el control y la culpa.

Pero, ¿qué le podría decir a este niño? ¿Podría decirle que era un muy buen dibujo de un personaje de ficción? ¿Podría decirle que era una excelente representación de un cuento de hadas? ¿Podría ver el dolor y la sorpresa en sus ojos? ¿Podría imaginar la conversación que iría a tener más tarde con su padre, preguntándole por qué el amable vecino le dijo que Jesucristo es un personaje ficticio? ¿Podría imaginar la frialdad que luego descendería sobre las cordiales relaciones entre nuestras dos casas? ¿Podría imaginar a su padre diciéndoles a todos sus hijos que se mantengan alejados del vecino de al lado, que los quiere alejar de Dios? ¿Podría soportar las frías miradas que recibiría cada vez que viese a su familia durante las siguientes décadas?

Tomé el camino más fácil, pero no le mentí. Le dije que pensaba que el dibujo estaba bien hecho, y le pregunté qué pensaba sobre él.

Decir la verdad no es cosa fácil.

Podemos ver muy fácilmente cómo los padres en otras culturas simplemente repiten normas culturales a sus niños como si fuesen verdades objetivas. Los padres japoneses enseñan a sus hijos obediencia y piedad filial; los padres católicos enseñan a sus hijos a beber la sangre de sus dios; los padres musulmanes enseñan a sus hijos que un hombre que se casó con una niña de seis años de edad – y consumió ese matrimonio cuando cumplió nueve – es el modelo de la virtud moral; los padres occidentales enseñan a sus hijos que la democracia es el ideal más alto; los padres norcoreanos enseñan a sus hijos que el dictador que gobierna sus vidas es una especie de deidad secular que los ama.

La lista sigue y sigue. Prácticamente cada padre en el mundo cree que está enseñando a su hijo la verdad, cuando lo que está haciendo es simplemente imponer a su hijo lo que podría educadamente llamarse “mitología cultural”.

Mentimos a nuestros hijos, al tiempo que les decimos que mentir está mal.

Decimos a nuestros hijos que deben pensar por sí mismos, al tiempo que repetimos estúpidas prejuiciosas como si fuesen hechos objetivos.

Decimos a nuestros hijos que sean buenos, pero no tenemos ni idea de lo que la bondad es realmente.

Les decimos a nuestros chicos que está mal conformarse (“Si todos saltasen al pozo, ¿saltarías tú también?”) pero al mismo tiempo somos auténticos esclavos de la inercia histórica de viejos prejuicios.

¿Muy severo?

Se me ha acusado a menudo de ser muy severo con los padres. “Los padres hacen lo mejor que pueden bajo circunstancias difíciles. No puedes juzgar las instrucciones prácticas de los padres de acuerdo a un estándar abstracto y filosófico absoluto. Mis padres no eran filósofos; estaban simplemente transmitiéndome la verdad en la que ellos creían, la que a ellos les parecía precisa”.

Lo maravilloso de aplicar conceptos filosóficos a nuestras vidas es que las teorías son fáciles de poner a prueba. Discutir una teoría filosófica acerca de las causas de la caída del imperio romano es sobre todo un ejercicio teórico, dado que no podemos volver atrás en el tiempo y ponerlo a prueba.

Las teorías acerca de nuestras familias, sin embargo, son muy fáciles de poner a prueba, asumiendo que tenemos acceso a los miembros familiares relevantes.

Es mi firme creencia el que la mayoría de los seres humanos son absolutamente brillantes. He llegado a esta conclusión tras décadas de estudiar filosofía y haber tenido conversaciones fascinantes con incontables personas. Ahora estoy seguro de que los padres saben exactamente lo que están haciendo; y un test relativamente sencillo puede demostrarlo para satisfacción de cualquier persona racional.

Un ejercicio práctico

Siéntate con tus padres y pregúntales cuál es la capital de Madagascar – o cualquier otra trivialidad que sea poco probable que conozcan. Muy probablemente sonreirán, negarán con la cabeza y dirán: “No lo sé”. No evitarán la pregunta. Estarán más que felices de ayudarte a encontrar la respuesta. Será una interacción de indagación intrascendente.

Una vez que hayas establecido cuál es la capital de Madagascar, pregúntales: “¿Qué es la bondad?”

Te garantizo que habrá un enfriamiento instantáneo en la habitación; habrá una enorme cantidad de tensión; y tus padres – y probablemente tú también – sentirán un fuerte deseo de cambiar de tema, o retirar la pregunta.

¿Por qué sucede eso? ¿Por qué sucede que, cuando se les pide a los padres explicar qué es la bondad, la tensión en la habitación se acentúa dramáticamente?

Bueno, por la misma razón por la que a Sócrates se le presentó una lúgubre libación llamada cicuta.

Hay terror ante la pregunta “¿Qué es la bondad?” porque las figuras de autoridad reclaman el derecho a decirnos qué hacer basados en su conocimiento superior. Si decidimos aprender karate, nos sometemos al juicio y la instrucción de alguien que es experto en karate. Si nos enfermamos, sometemos nuestro juicio a un doctor, que es un experto médico... En otras palabras, cuando nos falta conocimiento, nos encomendamos a aquellos que afirman tener mayor conocimiento.

Nuestros padres afirmaron el derecho de instruirnos sobre el bien y el mal basados en su gran conocimiento de la ética, no basados en su poder como padres. Nuestros padres no nos dijeron: “Obedéceme o te golpearé”. Aunque esa terrible oración pudo haber salido de sus bocas en algún momento, la base de su ética era que les debíamos obediencia como una deuda justa y así ser castigados si faltásemos a ello.

“Honra a tu padre y a tu madre” es la materia prima de toda instrucción moral en el mundo entero, tanto religioso como secular. Sin embargo, el honor que se supone les debíamos otorgar a nuestros padres debe estar basado en su superior conocimiento y práctica de la virtud; de otra manera la palabra “honra” no tendría sentido. Si se nos arrojara a la cárcel, obedeceríamos a los guardas de la prisión porque ellos tienen el poder sobre nosotros, no porque les “honremos”. Si un asaltante nos pone un cuchillo en las costillas, le entregamos nuestras billetera – obedecemos sus requerimientos – no porque le honremos, sino porque tiene el poder de hacernos daño.

Al usar la palabra “honra”, los padres están afirmando que les debemos lealtad debido a su superior conocimiento y práctica de la virtud.

Actualmente, la “ética” fundacional de la familia – la base completa de la autoridad de los adultos – es que los padres saben discernir lo bueno de lo malo, y los niños no. Metafóricamente, los padres son los doctores, y los niños son los pacientes. Los padres afirman tener autoridad para decir a sus hijos qué hacer por la misma razón que los doctores afirman tener autoridad para decir a sus pacientes qué hacer: el conocimiento superior del primero, y la ignorancia relativa del segundo.

Si te encuentras indispuerto y te pones al cuidado de un doctor; sigues sus instrucciones, pero encuentras que no mejoras – sino que en realidad parece ponerte peor – sería inteligente sentarse con aquel doctor y revisar sus aptitudes – particularmente si no puedes cambiar de médico por alguna razón.

Ya que seguir sus instrucciones te pone peor, te preguntarás: “¿por qué debería seguir tus instrucciones?”.

Sería lógico empezar solicitando al doctor que confirme sus verdaderas credenciales. Entonces, podrías continuar preguntando cuál es su definición de salud, para asegurarte de que están ambos del mismo lado. Luego, continuarías profundizando hacia preguntas más específicas acerca de la naturaleza de tu propia enfermedad, la naturaleza de su conocimiento del cuerpo humano, su comprensión de tus síntomas y la metodología según la que elaboró tal cura para ti.

Esta es la conversación que debes tener con tus padres con relación a la virtud y el conocimiento que ellos tienen de ella. Tus padres fueron los doctores morales de tu ser mientras crecías. Incluso si, como adulto, eres feliz y saludable, lleno de alegría y comprometido en relaciones profundas y significativas; aún vale la pena examinar el conocimiento de tus padres, dado que podrías tener hijos en su momento, y tú mismo te convertirás en un “doctor”.

Si, al contrario, no eres feliz y pleno como adulto, entonces es esencial que examines el conocimiento ético de tus padres. Si tu régimen de salud hubiese sido establecido por un falso doctor que no tiene idea de lo que está haciendo, jamás estarás sano mientras sigas sus instrucciones; dado que uno no puede jamás llegar a la verdad por azar.

Si un loco se hace pasar por un doctor; cuando un paciente le solicite probar sus credenciales, sonreirá, extenderá sus manos y dirá: “¡Bueno, por supuesto que no las tengo!”. Su apertura acerca de su falta de conocimiento y de credenciales establece su relativa inocencia.

Sin embargo, cuando el paciente solicita las credenciales del doctor; si el doctor evade la cuestión, o se vuelve hostil, o se manifiesta con desdén, entonces claramente el “doctor” es completamente consciente de lo que hace a cierto nivel. Un hombre que comete asesinato en una estación de policía podría alegar demencia; pero un hombre que mata en secreto y luego esconde el cuerpo tiene capacidad para razonar – aunque tal vez no para la virtud – así que no puede alegar estar loco.

El hecho de que tus padres harían casi cualquier cosa por evitar la pregunta “¿Qué es la bondad?” es el pedacito más revelador de conocimiento que puedes poseer. Es el hecho que revienta la jaula de la cultura. Es el conocimiento que, si bien aterrador, te hará libre.

No sólo te beneficiarías de un examen a tus padres. También puedes sentarte con tu sacerdote, y examinarle acerca de la existencia de Dios – que también es una conversación útil con padres religiosos. Si eres persistente, e investigas con antelación, descubrirás muy rápidamente que tu sacerdote tampoco tiene ninguna certeza sobre la existencia de Dios; y se volverá muy incómodo y/o agresivo si tú persistes – cosa que deberías.

¿Está mal que un cura diga que cree en Dios solamente porque “tiene una sensación”? En términos de la verdad, no exactamente; en términos de integridad, absolutamente.

El problema fundamental no es que el sacerdote manifiesta la irracionalidad emocional de la “fe” como justificación de su creencia en Dios; *sino que la existencia de Dios te fue presentada como un hecho objetivo, y que a ti no se te permitió el mismo criterio para alegar “conocimiento”*.

Estas dos facetas de las falsedades que se te han dicho de niño son esenciales para tu liberación de adulto.

Ficciones presentadas como hechos

Cuando eras niño, no tenías la capacidad de validar objetivamente los mandamientos de aquellos que tenían poder sobre ti. Tu susceptibilidad era una gran tentación para aquellos que hubiesen preferido ser creídos antes que estar en lo cierto. Todo poder tiende a corromperse, y el poder que los padres tienen sobre sus hijos es el más grande del mundo.

Un niño está biológicamente predispuesto a confiar y obedecer a sus padres. Esto tiene una gran utilidad, dado que los padres dirán a veces a sus niños que no deben comer frutas venenosas, quitar sartenes con aceite caliente de la cocina, o correr todo el día por fuera sin protector solar puesto. Los requerimientos de supervivencia tienden a desaconsejar un método sin fin de “prueba y error”.

Cuando los padres dan instrucciones a sus hijos, pueden presentar tal instrucción como condicional, o absoluta. Las instrucciones condicionales (“no golpees a tu hermano excepto en defensa propia”) tienden a conducir a interminables preguntas adicionales, y pronto revelan la falta de conocimiento de los padres. Mientras el niño continúa preguntando cómo exactamente se define la defensa propia (si se permiten los ataques preventivos; si el acoso puede considerarse agresión, y así sucesivamente) las áreas borrosas inherentes a todos los sistemas éticos rápidamente se hacen visibles.

A medida que estas áreas borrosas se vuelven más claras, los padres temen una vez más la pérdida de autoridad moral. Sin embargo, el hecho de que ciertas áreas de la ética sean más difíciles de definir que otras no significa que la ética como un todo sea una disciplina puramente subjetiva. En biología, la clasificación de especies muy similares también tiende a ser borrosa – al menos antes del descubrimiento del ADN – pero eso no significa que la biología sea una ciencia puramente subjetiva. El agua jamás puede ser perfectamente pura, pero eso no significa que el agua embotellada sea indistinguible del agua de mar.

Debido al deseo de los padres de tener mandamientos simples y absolutamente morales, estos gastan enormes cantidades de energía manteniendo a sus hijos alejados del “borde del acantilado” de las complejidades éticas. Despliegan una amplia variedad de tácticas abusivas y de distracción para convencer al niño de que sus padres poseen un conocimiento absoluto de los asuntos éticos.

Sin embargo, a medida que los niños crecen – particularmente durante los años de adolescencia – cierto peligro empieza a surgir. Los niños, antes cumplidores (al menos tras los “terribles dos años” y durante el período de latencia), empiezan ahora a sospechar que el “conocimiento” de sus padres es poco más que una forma de intimidación hipócrita. Empiezan a ver la verdadera conformidad de sus padres con relación a la cultura, y a entender que aquello que les fue presentado como hecho objetivo era en realidad meras opiniones subjetivas.

Esto causa gran confusión y resentimiento, porque los adolescentes instintivamente comprenden la verdadera corrupción de sus padres.

Un falsificador necesariamente respeta el valor del dinero real; puesto que no está precisamente gastando su tiempo y energía creando réplicas de billetes de ‘Monopoly’. El falsificador desea reproducir con precisión el dinero real porque sabe que el dinero real tiene valor; desea que su reproducción sea tan precisa como sea posible porque sabe que su dinero falso no tiene valor.

De forma similar, los padres presentan sus opiniones como si fuesen hechos porque saben que los hechos objetivos tienen más poder y validez que la mera opinión. Un “doctor” que falsifica sus propias credenciales lo hace porque sabe que las credenciales tienen el poder de crear credibilidad.

Reconocer el poder de la verdad – y usar ese poder para reforzar las mentiras – es abominablemente corrupto. Una persona que presenta sus opiniones como si fuesen hechos lo hace porque reconoce el valor de los hechos. Usar la credibilidad de la “verdad” para hacer que las falsificaciones sean más plausibles afirma y niega simultáneamente el valor de la honestidad e integridad. Es una contradicción lógica fundamental en teoría, y casi insoportablemente hipócrita en la práctica.

Así, siempre sucede que, cuando niños crecidos empiezan a examinar a sus mayores, rápidamente descubren que estos de hecho no saben lo que afirman saber; pero sí que sabían lo suficiente sobre el valor de la verdad para presentar sus opiniones subjetivas como conocimiento objetivo. Este crimen hipócrita supera de lejos los abusos de la mera falsificación, o la adulteración de credenciales; porque los adultos pueden protegerse a ellos mismos contra los billetes falsos y los diplomas adulterados.

Los niños no tienen tales defensas.

Haz lo que yo digo, no lo que yo hago

La segunda mayor hipocresía que conlleva la presentación de una opinión subjetiva como hecho absoluto es que los padres reservan este poder sólo para ellos mismos; y autoritariamente castigan a los niños por hacer exactamente lo mismo.

Considera la cuestión de ir a iglesia. Los padres religiosos dicen a sus hijos que deben ir a la iglesia. Cuando los niños preguntan por qué, se les dice “porque Dios existe, y te ama”, o algún otro sinsentido. En otras palabras, los padres ordenan a sus hijos con referencia a absolutos objetivos. A los niños *no* se les permite absolutamente decir, “no quiero ir a la iglesia porque no me *siento* con ganas”.

Avancemos una década más o menos. El niño – ahora un adolescente – se sienta con sus padres y pregunta: “Por qué creen en Dios?”.

Si es persistente y entendido, rápidamente acorralará a sus padres y les obligará a admitir que creen en Dios por una cuestión de “fe”. En otras palabras, no tienen pruebas de que Dios exista, pero creen en él porque lo *sienten* así – dado que no importa cuán emocionalmente poderosa pueda ser la fe, sigue siendo en esencia un sentimiento que contradice a la razón y la evidencia.

Sin embargo, cuando el adolescente era niño, nunca se le permitió tomar decisiones porque simplemente lo *sintiera* así. No se le permitía quedarse en casa en vez de ir a la iglesia porque no se *sentía* con ganas de ir. Siempre se le enviaba a la escuela a pesar de su preferencia de quedarse en casa a veces. Sus sentimientos no crearon verdad, o establecieron objetivamente un criterio válido para la acción.

Cuando usó *exactamente la misma metodología que utilizaron sus padres*, se le llamó desobediente, equivocado, pecador, caprichoso, inmoral, terco y mil otros peyorativos. Para sus padres, actuar según la preeminencia del sentir se alaba como una virtud objetiva. Para él, actuar según la preeminencia del sentir se condena como un vicio absoluto y objetivo.

Conformidad

A medida que el niño crece, su tendencia a querer “juntarse con la manada” se critica como una debilidad inmoral. Cualquier susceptibilidad a tendencias de moda, modismos lingüísticos, posesiones valoradas, hábitos sexuales o cualquier otro “pensamiento de grupo” encuentra la oposición de sus padres por motivos supuestamente objetivos y morales.

Nuevamente – generalmente en los años de adolescencia – el niño empieza a darse cuenta de que sus padres no se oponen realmente al pensamiento de grupo o la conformidad por principios, sino que sólo atacan conformidades que *compiten*. Si un hijo empieza a salir con una pandilla, sus padres lo criticarán por motivos de conformidad, pero no es la conformidad a lo que ellos objetan, sino la conformidad con un grupo de amigos que ellos desaprobaban, antes que con un grupo que ellos aprueban.

Y la cosa se pone peor aún.

La razón por la que a los padres no les gusta el nuevo grupo de amigos es porque temen la desaprobación de su propio grupo. Si el hijo de padres religiosos empieza a salir con un grupo de ateos, sus padres le criticarán por su conformidad sin sentido y su rebeldía inútil – pero solamente porque temen ser atacados, criticados o socavados por sus propios semejantes religiosos.

En otras palabras, ellos efectivamente están diciendo a sus hijos: “No deberías ser susceptible a la desaprobación de *tus* semejantes, porque somos susceptibles a la desaprobación de *nuestros* semejantes”.

¿Es la ignorancia hipocresía?

Se suele argumentar que los padres no son totalmente conscientes de la complejidad de sus propias hipocresías, y que por eso no son moralmente responsables de sus inconsistencias.

Afortunadamente, no hay necesidad de depender de la mera teoría para establecer la veracidad de esta proposición.

Si te digo que tomes la carretera 101 para llegar a tu destino, y resulta que te lleva exactamente en la dirección opuesta, ¿cuál sería una respuesta racional si yo realmente ignorara el hecho de que te estaba dando direcciones equivocadas?

Bueno, primero insistiría en que eran direcciones correctas, dado que genuinamente creo que lo son. Sin embargo, cuando te sentaras conmigo con un mapa y me indicaras exactamente por qué mis direcciones fueron tan malas; vería la verdad, me disculparía profusamente, y prometería no darte malas direcciones en el futuro – y comprarme un montón de mapas, para empezar, y pasar una cantidad de tiempo significativa estudiándolos...

Sin embargo, si me enojara desde el momento en que mencionas que te envié en la dirección equivocada, y rehusara mirar ningún mapa; y rehusara admitir que estaba equivocado y me dedicara a cambiar el tema de conversación, distrayéndote con trucos emocionales; y me volviese más y más disgustado; y rehusara decirte de dónde saqué esas direcciones, para terminar bramando fuera de la habitación; tú podrías no estar seguro de muchas cosas, pero al menos sí estarías seguro de una.

Ya no creerías que en algún momento tuve la intención de darte buenas direcciones.

En el ámbito de la relación padre-hijo, darse cuenta de esto supone un terrible y profundo shock. La noticia cae como una bomba nuclear sobre un barrio de chabolas, emitiendo radiaciones en ondas de destrucción, echando por tierra todas las suposiciones que te hacías con relación a tus relaciones existentes.

En el momento en que te das cuenta de que tus padres, sacerdotes, maestros, políticos – tus mayores en general – solamente *usaron* la moral para controlarte, para subyugarte – como herramienta de abuso – tu vida jamás volverá a ser la misma.

El terrible hecho de que tus mayores sabían del poder de la virtud, pero usaron ese poder para controlar, corromper, abusar y explotarte, revela el auténtico sadismo que subyace al núcleo de la cultura – el espantoso “culto” de la cultura.

Ya es malo ser un doctor que falsifica sus credenciales, ¿pero de qué otra manera podría juzgarse a un doctor que estudia el cuerpo humano, no para curarlo, sino para causar más dolor?

Un fraude es todavía mejor que un sádico

¿Qué podríamos decir, entonces, acerca de los padres y otras figuras de autoridad, que saben todo lo que es necesario saber acerca del poder y la efectividad de usar argumentos morales para controlar las acciones y pensamientos de los niños – que respetan el poder de la virtud – y luego usan ese poder para destruir cualquier capacidad de integridad moral en sus niños?

En las películas, los terroristas casi siempre secuestran a la esposa o hijo del héroe de manera que puedan obligarle a acatar sus deseos. Las virtudes del héroe – amor y lealtad – se tornan así al servicio del mal. Cuanto más bueno es él, peor debe actuar. Cuanto más ama la virtud, más está controlado por el mal.

Y así los mejores se convierte en los peores.

Y así los niños son criados.

Y así tú fuiste instruido.

Reticencia

Instintivamente evitamos confrontar el vacío moral que existe en el núcleo de nuestras relaciones; y, fundamentalmente, el vacío moral en el núcleo de nuestra relación con nosotros mismos.

Hay una razón simple y terrible por la que somos reticentes a confrontar este vacío.

Las sociedades generalmente se construyen en base a mitologías – de hecho, una sociedad puede ser definida con precisión como un grupo de personas que comparten la misma mitología.

Utilizo el término “mitología” aquí porque quiero introducirte a la idea de las ficciones sociales y el grado en que estas distorsionan tu relación contigo mismo y con otros – y por ende tu relación con la realidad.

Existen dos disciplinas principales que nos ayudan a despejar las telarañas corrosivas de las ficciones sociales, y alcanzar a través de ellas a comprender la realidad. La primera es teórica; la segunda es práctica.

La primera disciplina es la *lógica*, que es el proceso de organizar nuestros pensamientos de una manera sistemática y no contradictoria. La segunda es la *ciencia*, que consiste en poner a prueba las teorías lógicas mediante las observación empírica. La unión de estas dos disciplinas es la *filosofía*, que es en sus fundamentos la prueba de las teorías del conocimiento, tanto con la lógica como con la observación empírica.

La lógica te dirá que dos más dos son cuatro; la ciencia verificará que colocar dos piedras al lado de otras dos resultará en un grupo de cuatro piedras.

Pero es la *filosofía* la que nos dice que la lógica, junto con la verificabilidad empírica, son requerimientos clave para el establecimiento de la verdad. Es la *filosofía* la que específicamente rechaza la primacía de la fe, o la primacía de la emoción, o la primacía de la autoridad, o la primacía de la edad, o la primacía de la preferencia, o la primacía de la biología – o cualquier otro mecanismo ridículo y explotador que los seres humanos han usado como sustituto de la lógica y la evidencia para imponer la “verdad” a los indefensos.

La filosofía es lo opuesto de la mitología. O, para ser más precisos, la verdad es lo opuesto de la falsedad.

Todos somos profundamente conscientes de las deficiencias de nuestras creencias. El conocimiento básico de que nuestras creencias son meros prejuicios, infligidos por nuestros padres y profesores, es un hecho que, en el fondo, conocemos perfectamente. La cantidad de energía que ponemos todos en fingir que eso no es así es algo asombroso, y debilitante. Por algo es que la depresión es una de las formas de enfermedad más extendidas.

La contradicción central en toda mitología social es que estas mentiras culturales se presentan siempre como verdades objetivas y absolutas.

Los estadounidenses, por ejemplo, son conocidos por estar orgullosos de su país, y de las creencias de que son herederos de los filósofos de la Ilustración y los Padres Fundadores. Esta es una noción extraña cuando uno la examina.

El estadounidense promedio simplemente resulta que nació en Estados Unidos; es un simple accidente, no algo *merecido*. El estadounidense promedio se enorgullece de su herencia cultural; que no fue concebida por él, y que se le enseñó gracias a otras personas, que tampoco la crearon. Creer que usted es virtuoso porque nació en un país en particular es como creer que es un excelente hombre de negocios por haber heredado una fortuna, o que es una buena persona porque resulta que usted es alto.

El estadounidense promedio no tiene idea de las premisas filosóficas que subyacen al ideal de un gobierno limitado constitucionalmente. El estadounidense promedio apoya con entusiasmo un gobierno cientos de veces más opresivo y brutal que el gobierno británico contra el que sus ancestros lucharon para liberarse. El estadounidense promedio celebra con entusiasmo el Día de la Independencia, a pesar del hecho de que, cuando su país se fundó, la esclavitud estaba protegida, y eran negados los derechos básicos de las mujeres y los niños.

En otras palabras, el estadounidense promedio alaba ciegamente a su propia cultura e historia porque se le ha *enseñado* a elogiarlos, no porque tenga algún entendimiento racional de sus méritos y deficiencias reales.

Esto no quiere decir que Estados Unidos no sea un mejor país que, por ejemplo, Siria. Lo es, y me alegro de no vivir en Siria. Sin embargo, la metodología para transmitir valores de padre a hijo sigue siendo la misma en ambos países. Los valores genuinos en Estados Unidos emergieron del pensamiento racional y la ruptura con la tradición, no de la lealtad ciega a viejos uniformes manchados.

El estadounidense promedio se considera a sí mismo superior al musulmán promedio porque cree hasta cierto punto en la separación entre iglesia y estado, apoya la democracia limitada y los derechos de las mujeres, así como respeta ciertos aspectos del libre mercado. Cree que estos son buenos valores para cualquiera, y critica a los musulmanes por no participar de ellos.

Lo triste es que, si bien las creencias específicas varían de cultura a cultura, la metodología de la creencia en todas las culturas es idéntica. El simple hecho es que, si el estadounidense promedio hubiese nacido de padres musulmanes en Siria, sería *exactamente igual que el musulmán sirio promedio*. No sería más probable que valore la separación entre la iglesia y el estado de lo probable que sería que la mujer occidental promedio nacida en Manhattan vistiese un burka.

El patriotismo es secuestrar los logros de otros – usualmente ancestros – y congratularse por ellos como si fuesen propios. Esto incluye una curiosa distorsión de la lógica, que está clara como el agua cuando se percibe.

O uno es una buena persona porque nació en Estados Unidos, o porque se ajusta a estándares objetivos de bondad. O le gusta a usted un automóvil porque es de marca Buick, o los automóviles de esa marca son buenos porque dan un kilometraje excelente.

Si uno es *bueno* porque nació en Estados Unidos, entonces claramente no puede de manera alguna juzgar como deficiente a un hombre nacido en Arabia Saudita, ya sea moralmente o culturalmente. La esencia de la aristocracia – la eterna plaga del género humano – es la creencia de que hemos “nacido superiores”; que nuestra “excelencia” es de alguna manera innata. Sin embargo, si un estadounidense es “superior” a un saudí, entonces tal superioridad no es *merecida*. Si Bob hubiese nacido en Arabia Saudita en vez de Estados Unidos, sería “inferior” en vez de un cristiano o estadounidense “superior”.

De esta manera, la superioridad de Bob – o la falta de ella – nada tiene que ver con sus elecciones personales, sino más bien está definida por los accidentes geográficos y de nacimiento. O Bob afirma ser mejor debido a la geografía, lo cual es imposible; o lo es debido a sus virtudes personales, en cuyo caso la geografía nada tiene que ver.

Tanto estadounidenses como musulmanes están reproduciendo simplemente lo que se les ha dicho – lo que se les inflige a través de castigos emocionales cuando son pequeños – y lo llaman “moral”. Esto es lo mismo que un niño que es alimentado a la fuerza, que luego considera moralmente “bueno” el sobrepeso; mientras que el niño del vecino es mal alimentado, y luego considera “bueno” ser delgado. Los fanáticos del deporte son iguales: el equipo profesional más cercano es, de alguna manera, simplemente “el mejor”.

Básicamente, la cultura es la compulsión de considerar como “bueno” moralmente lo que sea que te rodee. Si vives en las montañas, es bueno vivir en las montañas. Si te enseñaron a nadar, entonces nadar es bueno. Si *no* te enseñaron nadar, entonces nadar es inmoral. Si te enseñaron a cubrir tus piernas, entonces descubrirlas es “indecencia”. Si te enseñaron a descubrir tus piernas, entonces cubrir las es “mojigatería”. Si te enseñaron a doblar la bandera de cierta forma, entonces doblarla de cualquier otra manera es “falta de respeto”.

Cuando tenía seis años, me enviaron a un internado inglés. Una de las reglas allí era que debía usar ligas alrededor de mis medias para evitar que cayeran, especialmente en la iglesia. Se me dijo en términos no imprecisos que, si entraba a la iglesia sin mis ligas, estaba siendo “irrespetuoso hacia Dios”. Esto no tenía mucho sentido para mí. Argumenté que Dios hizo mis piernas y los hombres hicieron las ligas; y estaba seguro de que Dios apreciaría su propia creación por encima de algo hecho por el hombre.

Naturalmente, mis objeciones fueron interpretadas como una respuesta inmoral; estaba siendo “irrespetuoso” con el director.

Estoy seguro de que entiendes la idea.

Todo lo que te rodea es enmarcado en términos éticos, porque enmarcar las cosas en términos éticos *funciona*. Si consigues que un niño crea que algo es correcto o incorrecto, controlarás la mente de ese niño; su cuerpo, su lealtad, su propio ser. Los argumentos morales tienen un poder que no se compara con cualquier otra forma de interacción humana. En términos de control social, los argumentos morales son el arma de destrucción masiva definitiva.

Susceptibilidad

De pequeños somos altamente susceptibles a los argumentos morales porque queremos ser buenos desesperadamente; y porque sabemos que la “bondad” moral es sinónimo de elogio, mientras que la “maldad” o “inmoralidad” es sinónimo de castigo. Cuando nuestros padres, sacerdotes y profesores nos dicen que algo es “bueno”, lo que dicen en realidad es: “No serás castigado por esto – ¡e incluso podrías ser recompensado!”. Por el contrario, cuando se nos dice que algo es “malo”, lo que se nos dice realmente es que seremos castigados por hacer – e incluso contemplar – lo que sea que fuere.

No somos castigados por ser malos. “Ser malos” es algo inventado de manera que podamos ser castigados “justamente”.

Aquellos que tienen autoridad necesitan constantemente esconder el uso del poder que ejercen sobre sus víctimas. A nuestros profesores no les gusta decirnos abiertamente que nos van a lastimar si les desobedecemos, porque eso sería evidenciar demasiado su poder abusivo.

También sería una forma de control altamente ineficiente.

Si a tu profesor le diera por decir: “Si me mientes, te castigaré”, y lo deja en eso, entonces mentir siempre sería más o menos un riesgo calculado; y ser castigado por mentir no tendría mayor significado moral que recibir una falta jugando al baloncesto.

Si un profesor se enfrenta una clase de 30 estudiantes, cada uno de los cuales está calculando si puede o no salirse con las suyas mintiendo, entonces, claramente, cuantos más mienten cada mentira se vuelve mucho más difícil de detectar; de la misma manera en que es más difícil determinar exactamente quién está hablando cuando 20 niños charlan que si fuesen solo dos

Más aún, si un padre usa la fuerza bruta abiertamente para obligar a obedecer a un niño, entonces los centros registradores de patrones en nuestros cerebros extraerán inmediatamente un principio de esa interacción. Dentro de nuestras mentes cada decisión e interacción se extrapola involuntariamente a un principio. Si nuestros padres instigan nuestra obediencia mediante la fuerza bruta, entonces el principio que extraemos de esa interacción es: “Cualquiera que tenga el poder debería usarlo abusivamente para controlar a cualquier otro”. O bien: “Cualquiera que tenga un mayor poder debería imponer su voluntad a cualquiera que tenga menos poder”.

Debido al decaimiento natural de la vida orgánica, este es un principio bastante peligroso que establecen los padres. Si pensamos en una madre soltera criando a dos muchachos, podemos ver con facilidad que crear un principio denominado “el imperio de la fuerza bruta”, si bien tal vez pueda tener una cierta utilidad práctica cuando son jóvenes, apenas le servirá cuando sus hijos alcancen la adolescencia y se vuelvan físicamente mucho más fuertes que ella.

Incluso los padres alcanzarán la caducidad y la debilidad física en relación a sus hijos, y así escasamente se beneficiarán de aplicar este principio de “cualquiera que tenga el mayor poder debería subyugar forzosamente a cualquiera que tenga el menor poder”.

Así, el uso de la fuerza debe ser ocultado por siempre tras la niebla de la “ética”. Esta es una empresa difícil lógicamente, porque lo que se requiere es apelar simultáneamente a un *principio*, y a una *persona*; lo cual es directamente contradictorio.

La petición contradictoria

Cuando tu padre te dice: “Honra a tu padre y a tu madre”, está invocando un *principio* y a una *persona*. El *principio* es que *todas* las madres y padres son honorables, y así merecedores de respeto. La *persona* a la que está invocando es específicamente a él mismo y a tu madre – *tu* madre y padre.

Lógicamente, esto no tiene sentido.

Decir “Honra a tu padre y a tu madre” es como decir: “Honra a todas las mujeres que son mi esposa”. Si debo honrar *a todas* las mujeres, entonces honraré automáticamente a tu esposa, dado que es una mujer. Si debo honrar a *tu* esposa, entonces no tiene sentido decir que debo honrarla como mujer, porque esto implica nuevamente honrar a *todas* las mujeres. Es lo uno o lo otro.

Si debes honrar la *categoría* “padre” y “madre”, entonces debes respetar a *todas* las madres y *todos* los padres por igual. Mostrar preferencia por sus propios padres sería injusto.

Si debes mostrar preferencia por tu *propia* madre y padre, entonces las categorías “madre” y “padre” son irrelevantes. Tendrá que ser por otra razón, entonces, que debes honrar a estos individuos particulares.

Si debes honrar a tu madre y a tu padre *como individuos*, y bajo ningún principio objetivo, entonces lo que en realidad se está exigiendo no es honra, sino obediencia hacia ciertos individuos disfrazada de “honra” como principio.

Esta contradicción lógica básica, si bien complicada de discutir silogísticamente, es algo que todo niño instintivamente entiende. Cuando nuestra madre exige que la respetemos, ¿no sentimos desdén, frustración y desesperación? Exigir respeto es como exigir amor, o secuestrar un avión. Es ordenar un destino, en lugar de respetar las decisiones libres de las personas.

Nunca imaginaríamos a alguien secuestrando un avión que va a Vladivostok y demandando: “¡Llévenme a Vladivostok!”. La gente secuestra aviones porque el avión *no va* a donde ellos quieren que vaya.

Control eficiente

Si, a pesar de todo, a través de la intimidación la distinción entre el *principio* y la *persona* puede ser desdibujada y enterrada, se logra un mecanismo de control mucho más eficiente. Si un niño – o un ciudadano – puede ser enseñado a obedecer a una *persona* como si tal persona fuese un principio universal, se establecen firmemente los cimientos de una dictadura hegemónica, sea en la familia, la iglesia, la escuela o el estado. Si la mente de un niño puede ser enseñada a obedecer los caprichos de un individuo al mismo nivel que el cuerpo del niño obedece las leyes absolutas de la gravedad, entonces puede establecerse un control próximo a la perfección.

Por supuesto, con este control se asume un costo terrible – y un riesgo terrible. El costo se acumula tanto en el padre como en el niño, como es el caso de toda interacción corrupta. A través del uso de principios falsos e inconsistentes para enseñar al niño a obedecer a una *persona*, antes que a un *principio*, la habilidad del niño para extraer principios de las interacciones se entorpece. Tales niños inevitablemente crecen para repetir patrones destructivos en sus relaciones, aparentemente sin ninguna capacidad para aprender de sus propios errores. ¿Cómo podrían aprender de sus errores? Se les ha enseñado *por principio* a obedecer a individuos, ¿cómo podrían entonces concebiblemente extraer principios generalizados del comportamiento de aquellos individuos? Sería como esperar que el agua fluya hacia arriba. Esperar que tales personas extraigan principios productivos de sus interacciones con otros es como esperar que un monje medieval que cree que el mundo sigue los caprichos de los dioses descubra la teoría de la relatividad – o incluso el mismo método científico.

Para los padres, el costo es un perpetuo y creciente miedo a la inteligencia y capacidad perceptiva de sus hijos, que se manifiestan en formas diversas: vacío genial, desdén corrosivo, bostezos de indiferencia o irritabilidad quisquillosa.

Para nuestros padres – y mayores en general – el mundo moderno prácticamente garantiza que se les acabó la fiesta: el antídoto contra la falsa moral es una multiplicidad de falsas morales; el antídoto contra el prejuicio irracional es más prejuicio irracional.

Es siendo capaces de ver el mundo *como un todo* que podremos finalmente liberarnos.

Detonando la mitología

Si estuviésemos expuestos solamente al inglés, no pensaríamos en términos de “inglés”, solo lo conoceríamos como “lenguaje”. La necesidad de diferenciar el inglés como un idioma solamente surge cuando entramos en contacto con *otros* idiomas.

Similarmente, si solamente se nos expone a nuestras propias mitologías, no pensamos en ellas como mitologías, sino como *la verdad*. Si solamente conocemos nuestro propio dios, entonces podemos referirnos a esta ficción como “Dios” – esto está a años luz de decir “un dios” o, más precisamente, “nuestro dios”.

En el fondo, cada uno de nosotros sabe que nuestra fe en nuestros frágiles cuentos de hadas solamente puede ser sostenida si constantemente evitamos los cuentos de hadas competidores. Esto tiende a entorpecer nuestra capacidad para la empatía: debemos ridiculizar en nuestros corazones las creencias estúpidas de otras culturas, y nunca dar el aterrador salto de intentar ver nuestra propia cultura a través de sus ojos.

El miedo y el odio que tan a menudo marca las relaciones entre diferentes grupos culturales no surge de la ignorancia, sino más bien del conocimiento. Los cristianos se sienten incómodos cerca de musulmanes – y los musulmanes se sienten incómodos cerca de cristianos – no porque sean diferentes, sino porque son lo mismo. Dos mujeres adúlteras que se conocen mutuamente, y saben sus secretos, tendrán, si son forzadas a sentarse juntas para almorzar, un momento muy incómodo; no porque sepan muy poco uno de la otra, sino más bien porque saben mucho.

La única manera de que la mitología pueda dominar a generación tras generación de una manera sostenible es fingiendo que no es mitología, sino realidad.

Para ayudar a clarificar esto, considera el siguiente experimento mental.

Imagina que el agua de un lavabo tiene consciencia, y puede sentir. Ahora imagina que vierto esta agua en una variedad de contenedores de vidrio, cada uno de forma distinta. El agua, dado que puede sentir, se sentiría orgullosa sin duda de su individualidad. Dado que no podría ver el vidrio que le rodea, que le contiene y define su propia forma, creería honestamente que su forma física real es una taza, jarro, tubo de ensayo, o copa de martini.

El agua sensible que llena el tubo de ensayo observaría todas las graciosas formas de vidrio alrededor de ella y estaría enormemente entretenida: “¿No se dan cuenta cuán ridículas se ven desde el exterior? ¿Cómo pueden imaginar que *esa* es su forma verdadera? ¡Es una locura!”, diría sonriente, presionada contra el vidrio de su propia prisión conceptual. Y el agua en la copa de martini observaría a los otros contenedores – incluyendo al tubo de ensayo – y diría exactamente lo mismo.

Y este, realmente, es el estado de todas las diferentes culturas alrededor del mundo. Cada uno de nosotros está vertido en un transparente contenedor de vidrio, que creemos representa la verdad; que nos provee de una forma y una identidad que confundimos con “naturaleza humana”. Y esto puede funcionar relativamente bien; cuanto menos hasta que empezamos a tomar consciencia de todos los *otros* contenedores de vidrio que nos rodean.

Durante un tiempo, nos esforzaremos en mantener la ilusión de que solamente *otra agua* está contenida en un obvio contenedor de vidrio – ¡no nosotros! Sin embargo, existen algunos entre nosotros que pueden escapar de la vidriera de la cultura. Nos colocamos fuera de tales contenedores y, desde nuestra posición aventajada, las diferencias en los tamaños y formas de los contenedores son prácticamente irrelevantes.

El tamaño y forma de tu prisión no es importante. Lo importante es el hecho de que estás *dentro* de una prisión.

El conocimiento de que estás en una prisión no tiene que ser aprendido. Solamente debe ser aceptado. No es algo que tú no sepas. A un nivel muy profundo, estás perfectamente al tanto de que lo que llamas la “verdad” es solo la física mágica de invisibles cuentos de hadas.

¿Cómo lo sé?

Como toda idea en este libro, no hay ninguna necesidad de dar lo que digo por sentado. Puedes descubrir fácilmente tu profunda comprensión de este hecho con unos pocos experimentos simples.

Como mencioné antes, puedes sentarte con tus padres y preguntarles acerca del bien. Puedes sentarte con tus amigos y contarles que estás preocupado por si estás viviendo una ficción que está consumiendo tu felicidad e independencia. Puedes ir a una mezquita y preguntar si puedes observar. Puedes colocarte a ti mismo en el “contenedor de vidrio” de otra persona y ver cómo se siente.

Pruébalo. Cierra tus ojos por un momento e imagínate sentandote con tus padres para preguntarles sobre el bien, o bebiendo con tus amigos y hablando sobre mitologías sociales. ¿Te sientes nervioso? ¿Sientes un aleteo vago e incómodo en tu estómago simplemente al *pensar* en semejante grado de honestidad y curiosidad?

¿Por qué? ¿Por qué sientes miedo? ¿Por qué nunca te preguntaste eso? ¿Quién te dijo que esas preguntas no estaban permitidas? ¿Has sido castigado por hacer esas preguntas en el pasado? ¿Existe alguna ley contra preguntar esas cuestiones?

¿Qué pasará cuando hagas esas preguntas?

Tú ya *sabes* la respuesta. Es por eso que tienes miedo.

No es la cobardía la que te preocupa, sino el conocimiento.

Porque *tienes todo el motivo para tener miedo*.

Amor mitológico

A lo largo de nuestra vida estamos rodeados por personas que afirman amarnos. Nuestros padres perpetuamente afirman estar motivados por aquello que es mejor para nosotros. Nuestros profesores eternamente declaran que su única motivación es ayudarnos a aprender. Las voces de nuestros sacerdotes suenan preocupadas por nuestras almas eternas, y los miembros de nuestra familia extendida anuncian interminablemente su devoción al clan.

Cuando la gente afirma amarnos, no es algo descabellado suponer que ellos nos *conocen*. Si tú me dices que adoras Tailandia, pero resulta que nunca has estado allí, y conoces muy poco de allí, será difícil para mí creer que realmente amas ese país. Si digo que amo la ópera, pero nunca escucho ópera... Bueno, ya captas la idea general.

Si digo que te amo, pero apenas conozco tus pensamientos y sentimientos reales, y no tengo ni idea de cuáles son tus valores verdaderos – o tal vez incluso cuáles son tus libros, autores o películas favoritos – entonces sería lógicamente muy difícil para ti creerme.

Este es ciertamente el caso de mi familia. Mi madre, mi hermano y mi padre hacían afirmaciones extravagantes acerca de su amor hacia mí. Sin embargo, cuando finalmente me senté y le pedí a cada uno un recuento de cosas sobre mí – algunas de mis preferencias y valores – obtuve un trío perfecto de “miradas de mil metros”.

Entonces, pensé, *si unas personas que no conocen casi nada sobre mí afirman que me aman, entonces o están mintiendo, o yo no entiendo lo que es el amor.*

No voy a entrar aquí en detalles sobre mis teorías acerca del amor; más que decir que, desde mi punto de vista, el amor es nuestra respuesta involuntaria a la virtud, de la misma forma que el bienestar es nuestra respuesta involuntaria a un estilo de vida saludable. (Nuestro cariño por nuestros bebés es más *cariño* que amor maduro, dado que es algo compartido por la totalidad del reino animal).

La virtud es un tema complicado, pero estoy seguro de que podemos estar de acuerdo en que la virtud debe implicar algunas cualidades básicas que son entendidas comúnmente, como el coraje, la integridad, la benevolencia, la empatía, la sabiduría, etcétera.

Si este es el caso, no puede ser posible amar a personas de las que conocemos muy poco. Si el amor requiere virtud, entonces no podemos amar a perfectos extraños, porque no sabemos nada sobre sus virtudes. El amor depende tanto de la virtud de la otra persona, como de nuestro conocimiento sobre tal virtud; y crece en proporción a esa virtud y conocimiento, si somos virtuosos nosotros mismos.

En mi niñez, siempre que expresaba un pensamiento personal, un deseo, preferencia o sentimiento, generalmente me encontraba con un “este niño es tonto”; con incomprensión,

evasión o, demasiado a menudo, con absoluto desprecio. Estas tácticas de rechazo venían acompañadas de expresiones de amor y devoción. Cuando comencé a introducirme en la filosofía – a través de los trabajos de Ayn Rand originalmente – mi creciente amor por la sabiduría fue desechado categóricamente como una especie de disfunción psicológica.

Dado que mi familia conocía bastante poco acerca de mis virtudes – y lo que conocían le desagradaba – entonces no podíamos ser *todos* virtuosos. Si *ellos* eran virtuosos y no les gustaban mis valores, entonces mis valores no podían ser virtuosos. Si *yo* era virtuoso y a ellos no les gustaban mis valores, entonces ellos no podían ser virtuosos.

Y así me embarqué en un intento de crear un “mapa ético” de mi familia.

Fue la cosa más espantosa que he hecho jamás. La cantidad de resistencia emocional que sentí hacia la idea de tratar de entender racional y moralmente a mi familia fue asombrosa; me sentí literalmente como si estuviese lanzándome desde un acantilado.

¿Por qué fue tan aterradorante?

Bueno, porque sabía que estaban mintiendo. Sabía que estaban mintiendo acerca de amarme; y sabía que, afirmando estar confundido acerca de si me amaban, yo también estaba mintiendo – y a *mí mismo*, que es la peor de las mentiras.

El amor. Del dicho al hecho

Decir “éxito” es bastante más sencillo que realmente alcanzar el éxito. Pronunciar la palabra “amor” es bastante más sencillo que realmente amar a alguien por buenas razones – y ser amado por buenas razones.

Si no tenemos un estándar para ser amados, entonces la pereza y la indiferencia surgirán inevitablemente. Si tengo un empleo en donde trabajo desde casa, y nadie me investiga, y nunca tengo que producir nada, y se me paga de igual manera, y no puedo ser despedido... ¿cuánto tiempo pasará antes que mi ética laboral decaiga? ¿Días? ¿Semanas? Ciertamente no meses.

Una de las preguntas más importantes en cualquier examen de la verdad es “¿comparado con qué?” Por ejemplo, si digo que te amo, implícita en esa declaración está mi preferencia por ti sobre otros. En otras palabras: comparado con otros, yo te prefiero a ti. Preferimos la honestidad en comparación con la falsedad, la saciedad al hambre, la calidez al frío, etcétera.

No es lógicamente válido equiparar la palabra “amor” con “familia”. La palabra “familia” es una simple descripción de una comunidad biológica – no tiene mayor sentido equiparar “amor” con “familia” del que tiene equiparar “amor” con “mamífero”.

Así la palabra “amor” debe significar una preferencia comparada con... ¿qué?

Es imposible tener un estándar para el amor si no tenemos estándar para la verdad. Dado que ser honesto es mejor que mentir, y el coraje mejor que la cobardía, y la verdad es mejor que la falsedad, no podemos tener honestidad y coraje a menos que estemos defendiendo algo que es verdad. Así, cuando decimos que “amamos” a alguien, lo que realmente queremos decir es que sus acciones son coherentes con un estándar racional de lo que es la virtud. De la misma manera, cuando digo que alguien es “saludable”, lo que realmente quiero decir es que sus órganos están funcionando coherentemente en relación a un estándar o criterio racional de bienestar.

Así, el amor no es una preferencia subjetiva, o una comunidad biológica, sino nuestra respuesta involuntaria a acciones virtuosas por parte de otro.

Si realmente entendemos esta definición, entonces es fácil ver que una sociedad que no conoce la verdad jamás podría conocer el amor.

Si nada es verdad, la virtud es imposible.

Si la virtud es imposible, entonces estamos forzados a *fingir* ser virtuosos; a través del patriotismo, lealtades al clan, orgullo cultural, conformidades supersticiosas y otras falsificaciones amorales semejantes.

Si la virtud es imposible, entonces el amor es imposible, porque las acciones no pueden ser comparadas con ningún estándar objetivo de bondad. Si el amor es imposible, quedamos forzados a recurrir al sentimentalismo, o al espectáculo superficial y la externa apariencia de amor.

Así, puede verse que cualquier conjunto de principios que interfiere con nuestra capacidad de conocer y entender la verdad nos hunde, socavando y destruyendo nuestra capacidad para amar. Los principios falsos, las ilusiones, fantasías y mitologías nos separan los unos de otros, de la virtud, del amor, de las conexiones verdaderas que podemos alcanzar *solamente a través de la realidad* .

En la fantasía solamente existe aislamiento y farsa. La mitología es, fundamentalmente, soledad y vacío.

Imaginación contra fantasía

Llegados a este punto, pienso que bien vale la pena resaltar las diferencias entre la imaginación y la fantasía; porque mucha gente, al escuchar mi crítica a la mitología, piensa que no deberían disfrutar de Star Wars.

La imaginación es una facultad creativa que está profundamente enraizada en la realidad. La fantasía, por otra parte, es una especie de satisfacción intangible de deseos. Le tomó décadas de estudio y escritura a Tolkien para producir ‘El señor de los anillos’, y cada parte de esa novela era racionalmente coherente con el todo. Ese es un ejemplo de imaginación. Holgazanear y soñar despierto que algún día haré una fortuna escribiendo una novela mejor que ‘El señor de los anillos’ – cuando en realidad ni siquiera pongo una pluma sobre el papel – es un ejemplo de fantasía. La imaginación es lo que produjo la teoría de la relatividad, no fantasear sobre ganar algún día un Premio Nobel.

Sueños que nunca se convierten en acción son la máxima expresión de la desidia. Imaginar un futuro maravilloso que jamás tengas que actuar para alcanzar, te impide alcanzar un futuro maravilloso.

De la misma forma, imaginar que conoces la verdad cuando no la conoces te impide aprender algún día lo que es la verdad. Nada es más peligroso que la ilusión de conocimiento. Si estás yendo por el camino equivocado, pero no dudas de su dirección, jamás darás la vuelta.

Como notó Sócrates más de 2.000 años atrás, la duda es la partera de la curiosidad, y la curiosidad engendra sabiduría.

La fantasía es lo opuesto a la duda. La mitología provee respuestas instantáneas cuando la gente ni siquiera sabe cuáles son las preguntas. En la Edad Media, cuando alguien preguntaba “¿De dónde salió el mundo?” se le decía “Dios lo hizo”. Esto efectivamente eliminaba la necesidad de preguntar lo más relevante: “¿Qué *es* el mundo?”

Puesto que los religiosos creían que sabían de dónde provino el mundo, tenía poco sentido preguntar lo que el mundo *era*. Puesto que tenía poco sentido preguntar lo que era el mundo, nunca aprendieron de dónde provino el mundo.

La fantasía es un círculo hecho de nada, por siempre mordiéndose el rabo.

Definiendo el amor

Si la gente fantasea acerca de la verdad, entonces inevitablemente dejan de buscar la verdad. Si estoy conduciendo camino a casa, al llegar dejo de conducir. Si la gente fantasea acerca del bien, inevitablemente deja de intentar *entender* el bien.

Y, lo que es más importante, si la gente fantasea sobre *ser* buenos, dejan de intentar *convertirse* en buenas personas. Si tú deseas un bebé, y crees que *estás* embarazada, dejas de intentar *quedar* embarazada.

La pregunta – cuya respuesta ya conocemos – sería pues: *¿por qué la gente que afirma amarnos nunca nos dice qué es el amor?*

Si yo fuese un consumado matemático, y mi hijo viene y me pregunta acerca de la tabla de multiplicar, sería grosero y maleducado por mi parte rechazar sus preguntas. Si yo voy junto a mi madre, quien por 30 años afirmó amarme, y le pregunto lo que es el amor, ¿por qué es que rehúsa responder mi pregunta? ¿Por qué mi hermano corta el contacto visual y cambia el tema siempre que le pregunto qué es lo que ama de mí? ¿Por qué mi padre afirma amarme, y continuamente rechaza todo lo que yo considero precioso?

¿Por qué todos alrededor mío usan palabras que rehúsan definir? ¿Acaso están llenos de un conocimiento que no pueden expresar? Esa no es una buena razón para rehusar discutir los temas. Un novelista que escribe instintivamente no sería hostil si se le pregunta sobre la fuente de su inspiración. Podría no ocurrírsele una respuesta perfecta, pero no habría razón para evitar constantemente el tema.

A menos que...

A menos que, por supuesto, sea un plagiador.

Lo que sabemos

Este es el conocimiento que tenemos, pero que odiamos y tememos.

Sabemos que la gente que afirma amarnos sabe bastante poco sobre nosotros, y nada del amor.

Sabemos que la gente que afirma amarnos lo hace con el fin de crear obligaciones dentro de nosotros.

Sabemos que la gente que afirma amarnos lo hace con el fin de controlarnos.

Y ellos también lo saben.

Es completamente obvio que saben esto, porque saben *exactamente qué temas evitar*. Un falsificador no se molestará si le preguntas cuál es la capital de Madagascar. A un falsificador *le importará*, sin embargo, que le preguntes si puedes verificar la autenticidad de su dinero. ¿Por qué es este el *único tema* que intentará evitar a toda costa?

Porque sabe que su dinero es falso.

Y porque sabe también que, si *tú* lo descubres, no podrá usarlo para robarte hasta dejarte en ropa interior.

Obligaciones

Si yo soy un tendero y tomo dinero falso de un estafador, pero no sé que ese dinero es falso, entonces estoy obligado a entregarle lo que “compró”.

De igual manera, si creo que soy amado – incluso si no soy amado – estoy en cierto grado obligado por honor a devolver ese amor. Si mi madre dice que me ama, y *ella* es virtuosa, debe amarme porque *yo* soy virtuoso. Dado que ella es virtuosa, entonces yo le “debo” amor por una cuestión de justicia, de la misma manera en que yo le debo confianza a alguien que consistentemente se comporta de manera confiable.

Así, cuando alguien intenta convencerte de que ellos te aman, *están realmente intentando crear una obligación en ti*. Si yo intento convencerte de que soy confiable, es porque quiero todos los beneficios de ser tratado como si fuese una persona confiable. Si yo *soy* de hecho una persona confiable, entonces debo entender la naturaleza de la confianza – al menos a cierto nivel – y así debo saber que esta no puede ser demandada, sino ganada. Dado que *ganarse* confianza es más difícil que tan sólo *demandar* confianza, debo conocer el valor real de la confianza; de otra manera no me hubiese tomado la molestia de ganármela a través de un comportamiento consistente – ¡la hubiese simplemente demandado y me hubiese ahorrado todo el trabajo duro!

Si demandas confianza, estás demandando algo que no has ganado, lo cual indica que no crees que puedas ganártela. Luego cualquiera que demanda confianza es automáticamente indigno de confianza.

¿Por qué la gente demanda confianza?

Para robar.

Si yo quiero que me prestes dinero, y demando que confíes en mí, es porque no soy digno de confianza, y será improbable que te devuelva el dinero.

En otras palabras, quiero robar tu dinero y tenerte bajo mi poder.

Lo mismo pasa con el amor.

Amor y virtud

Si yo soy virtuoso, entonces la gente virtuosa me considerará cuanto menos con respeto, si no con amor. La gente corrupta o mala podrá guardarme un cierto respeto, pero ciertamente no me va a amar.

Así que ser virtuoso y no demandar el amor de nadie es el mejor camino para encontrar a otras personas virtuosas. Si eres virtuoso y no exiges nada, entonces otras personas virtuosas van a gravitar naturalmente hacia ti. La virtud que no se impone a otros es como un imán que atrae la bondad y repele la corrupción.

El resultado práctico de la verdadera virtud es la protección fundamental de uno mismo.

Si mi corredor de bolsa consistentemente me consigue un rédito del 30% en mis inversiones, ¿habría alguna cantidad de dinero que no le daría, fuera del que yo necesito para vivir? ¡Por supuesto que no! Porque sé que siempre recibiré más de lo que doy.

Es lo mismo con el amor real.

Si soy virtuoso, entonces me sentiré inevitablemente inclinado positivamente hacia otras personas virtuosas – y cuanto más virtuosas son, más las amaré. Mi energía, tiempo y recursos estarán a su disposición, porque sé que no seré explotado, y que ellos serán recíprocos con mi generosidad.

Si tú y yo llevamos años prestándonos dinero, y siempre saldamos nuestros préstamos, entonces la próxima vez que vengas para un préstamo, sería injusto decirte que no te prestaré nada porque no creo que me vayas a pagar. Tu continua y duradera honestidad hacia mí en cuestiones financieras creó una obligación en mí hacia ti. Esto no significa que yo deba prestarte dinero siempre que me lo pidas, sino que no puedo afirmar con justicia que mi razón para no prestarte dinero sea una creencia de que no me lo devolverás.

De la misma forma, si tú has sido mi esposa durante 20 años y nunca te he sido infiel, si una mujer llama a casa y cuelga, sería injusto que me acusaras inmediatamente de infidelidad.

Una táctica central para crear obligaciones artificiales e injustas en otros es demandar su opinión positiva sin tener voluntad de ganársela. La forma más efectiva para hacer esto es *ofrecer* una opinión positiva, que no es meritoria – afirmar amar a otros.

Si, a lo largo de los últimos 20 años, raramente te he devuelto el dinero que me has prestado, es perfectamente razonable rehusar a otorgarme un préstamo adicional. Puedo entonces enojarme, y llamarte injusto, y exigir que me trates como si yo *fuese* digno de confianza, pero sería escasamente virtuoso por tu parte cumplir con mis deseos. Efectivamente, sería deshonesto e injusto para ti ignorar mi calidad de poco confiable, porque estarías actuando como si no hubiese

diferencia entre alguien que devuelve préstamos y alguien que no.

Cuando actuamos de forma virtuosa hacia otros, estamos creando una reserva de buena voluntad de la que podemos valernos; igual que cuando ponemos nuestros ahorros en un banco. Un hombre puede actuar de forma imperfecta y aún ser amado, de la misma manera que un hombre puede comer un ocasional dulce y aún estar sano; pero existe un requisito general para la consistencia en cualquier disciplina. Yo podría probablemente hacer un *home-run* en un campo de béisbol de primera división una de vez de cada mil lanzamientos, ¡pero apenas eso me convertiría en un jugador profesional de béisbol!

Si actúo de manera confiable, no hace falta pedirte que confíes en mí – de hecho sería muy imprudente actuar así. O bien confías en mí voluntariamente – lo que significa que respetas el comportamiento honorable y consistente, y respondes con justicia a aquellos que obran bien – o bien *no* confías en mí voluntariamente – lo que significa que *no* respondes de manera justa al comportamiento confiable, y así tú mismo dejas de ser confiable.

Si, por el contrario, me acerco y te exijo que confíes en mí, me involucro en un cálculo complejo de falsificación y hurto.

Lo primero que intento establecer es si sabes algo, o no, sobre la confianza. Lo segundo es averiguar tu nivel de confianza en ti mismo y autoestima. Lo tercero es averiguar si sabes algo sobre integridad.

Un atacante siempre intentará encontrar el resquicio más débil en tu armadura. Si yo exijo tu confianza, y estás de acuerdo en proveerla – sin evidencia previa alguna – entonces sabré que no sabes nada acerca de la confianza. De forma similar, si tu confianza no requiere merecimiento, entonces sabré que te falta confianza en ti mismo y autoestima. Si te ves dispuesto a tratarme como si fuese confiable cuando no lo soy, entonces me queda claro que sabes muy poco sobre integridad.

Esto me dice todo lo que necesito saber sobre tu historia. Esto me dice que nunca fuiste tratado con respeto cuando eras niño; que nunca se te enseñó a juzgar a las personas de acuerdo a criterios independientes y que, cada vez que intentaste defenderte a ti mismo, tu familia te atacó.

En otras palabras, sabré que eres presa fácil.

Yo no puedo crear una obligación en ti a menos que aceptes que te he tratado con justicia en el pasado. Como en todo, es mucho más fácil convencer a alguien débil de que se le ha tratado con justicia, que realmente tratar a las personas de forma justa y coherente. Si puedo convencerte de que te he tratado con justicia en el pasado, entonces tú me “debes” confianza y respeto en el presente.

“Amor” como depredación

Imagina que somos hermanos, y un día te levantas de un coma y me encuentras sentado en tu cama. Después de una pequeña charla, te digo que me debes 1.000\$, que te presté el día de tu accidente. Te digo que, como soy un buen hermano, y estás en el hospital, no hace falta devolverme los mil dólares; sólo que me gustaría que lo recuerdes, de forma que la próxima vez que yo necesite pedir 1.000\$ prestados, me los des.

Podrías mirar en los bolsillos de los pantalones que tenías puestos el día de tu accidente, y revisar tu apartamento para ver si están los 1.000\$ en algún lado, pero no habría manera real de probar que no te presté el dinero. Tendrías que llamarme mentiroso – una acusación para la que no tienes prueba certera – o te sentirás considerablemente más obligado a prestarme dinero en el futuro.

Si me llamas mentiroso, me enojaré. Si aceptas la obligación sin jamás encontrar los 1.000\$, te sentirás resentido. De cualquier manera, nuestra relación está dañada; y al contarte lo de los 1.000\$, introduje voluntariamente una complicación y suspicacia en nuestra relación, lo cual es difícilmente amoroso, justo o benevolente.

Esta es la clase de provocación y engaño que sucede todo el tiempo en las relaciones – particularmente en la familias.

Cuando nuestros padres dicen que nos aman, de hecho están demandando que les sirvamos. Nos dicen, básicamente, que nos prestaron 1.000\$ – aún cuando no podamos recordarlo – así que les debemos confianza en el futuro, ¡si no 1.000\$ en el presente!

En otras palabras, nuestros padres gastaron enormes cantidades de energía convenciéndonos de que nos “aman” *con el fin de crear obligaciones artificiales dentro de nosotros*. Haciendo esto, incurren en un riesgo terrible – y nos obligan a tomar una decisión aún más terrible.

Extorsión

Cuando alguien te dice que te ama, o es una proposición de genuina estima, basada en la virtud mutua, o es una demanda explotadora e injusta de tu dinero, tiempo, recursos o aprobación.

Hay muy poco entre medio.

O el amor es real, y un verdadero gozo, o el amor es falso, y la forma más corrupta y cobarde de robo que pueda imaginarse.

Si el amor es real, entonces no inflige obligaciones injustas. Si el amor es real, entonces se otorga libremente sin exigencias. Si un buen hombre te da su amor, y tú no le correspondes, entonces él simplemente se da cuenta de que se equivocó, aprende un poco, y sigue su camino. Si una mujer te dice que te ama, y luego se molesta por cualquier titubeo o falta de correspondencia que tú muestras; entonces ella no te ama, sino que está usando la palabra “amor” como una especie de gancho, para atraparte y obligarte a hacer lo que ella quiere, en tu propio detrimento.

¿Cómo es posible saber si el amor que alguien expresa hacia ti es genuino o no?

Es muy, muy simple.

Cuando es genuino, lo *sentirás*.

¿Qué pasa, sin embargo, cuando un padre *demand*a nuestro amor?

Bueno, o debemos someternos a esta exigencia, y fingir responder de igual manera, o debemos confrontarle acerca de su manipulación – amenazando de esta manera la base completa de la relación.

¿Cómo alguien que verdaderamente nos ama iba a ponernos *nunca* en tan terrible posición?

Sociedad y religión

El principio de infligir una buena opinión para crear una obligación injusta ocurre también a un nivel social, así como a un nivel personal. Los soldados se supone han muerto “protegiéndonos”, lo cual crea una obligación hacia nosotros de apoyar a las tropas. El simple acto de haber nacido en un país crea una obligación para toda la vida de pagar impuestos – a punta de pistola – para recibir servicios que nunca hemos pedido directamente. La famosa frase de John F. Kennedy: “No preguntes qué puede hacer tu país por ti, más bien pregunta qué puedes hacer tú por tu país”, es otra manera de decir: “Uno de nosotros va a acabar jodido en esta interacción, ¡y no seré yo!”

Lo mismo ocurre en el ámbito de la religión, por supuesto, también. Jesús murió por tus pecados; Dios te ama; serás castigado si no obedeces; el destino de los incrédulos es el infierno, etc.

Todos estos trucos emocionales se diseñan para crear una obligación en ti que no existiría en ningún universo razonable.

“Sacrificio”, en otras palabras, es simple exigencia disfrazada.

¿Inconscientes?

Todas estas críticas sustanciales descansan sobre la premisa de que la gente realmente *sabe* lo que el amor es realmente, y simplemente lo falsifica en aras de la ganancia personal; de la misma forma que cualquier crítica moral de un falsificador descansa sobre la premisa de que realmente sabe lo que es el dinero, y lo copia en aras del beneficio personal.

Naturalmente, es difícil imaginar que aquellos que nos rodean estén constantemente esforzándose por infligir obligaciones artificiales en nosotros a través de apelaciones a un tipo fantástico de mitología social. Cuando piensas en tu dulce, anciana madre de blancos cabellos, que sacrificó todo por ti, ¿qué sentido tendría condenarla por no ser capaz de definir perfectamente la naturaleza y propiedades del amor, una cuestión que desconcierta incluso a los grandes filósofos?

Bueno, por supuesto sería tremendamente injusto pedirle a la persona promedio que defina con precisión la naturaleza verdadera del amor, de la misma forma que sería ridículo – sin mencionar peligroso – pedirle a un hombre cualquiera en la calle que te haga una apendicectomía.

Es ciertamente injusto juzgar a la gente por criterios de los que apenas podrían estar al tanto. Sin embargo, no es para nada injusto juzgar a la gente de acuerdo a criterios *que ellos mismos han establecido*. No puedo determinar yo solo a qué precio me vas a vender tu automóvil; pero si tú mismo pones el precio en la ventana, sería razonable esperar que lo respetes.

Así cuando la gente usa la palabra “amor”, están “poniendo el precio en la ventana”. El amor, por supuesto, es visto como un sentimiento de gran consideración por alguien y, o bien está basado en las virtudes y características de la persona amada, o no lo está. Si el amor no está basado en las características de la persona amada, entonces debe estar basado en la fuerza de voluntad de la persona que ama a él o a ella.

Si el amor está basado en la fuerza de voluntad de la persona que “está amando”, entonces debe ser considerado una virtud amar de forma tan altruista. Si no es virtuoso amar de forma tan altruista, entonces no existe nada beneficioso o positivo en la interacción, dado que ni la persona amante ni la persona amada poseería característica positiva alguna. Podríamos hasta definir el acoso obsesivo como “amor”.

Si es “bueno” para la persona A amar a la persona B a pesar de la falta de cualidades susceptibles de ser amadas de B, entonces esta “buena acción”, o es un principio universal, o una simple preferencia personal. Si digo que el helado es “bueno”, no estoy diciendo que el helado actúa virtuosamente, con coraje e integridad. Si digo que una acción particular es “buena”, entonces debe ser buena para más de una persona, si se eleva por encima de la simple preferencia personal. Sin embargo, si es “bueno” amar a alguien que no tiene características susceptibles de ser amadas, entonces se crea una paradoja instantáneamente.

Si no tengo cualidades susceptibles de ser amadas, entonces no poseo “bondad”, dado que la bondad es una cualidad susceptible de ser amada. Si es “bueno” amar a alguien, a pesar de una ausencia de cualidades que pudiesen amarse, entonces por definición soy incapaz de amar a alguien, dado que me falta bondad. En este sentido, dos reglas morales opuestas son creadas, que no pueden ser válidas. La persona A hace “bien” al amar a la persona B, que es incapaz de ser bueno. La persona B entonces solamente puede facilitar la “bondad” de la persona A al recibir sin dar – así que lo que es bueno para la persona A no es bueno para la persona B.

Nuevamente, aunque esto pueda ser complicado de examinar silogísticamente, esta es la típica disputa que tienen los hijos adultos de padres co-dependientes. Si veo a mi madre sacrificando siempre todo por mi padre, le preguntaré continuamente que, si sacrificar todo por el cónyuge de uno es bueno, entonces ¿por qué mi padre no sacrifica todo por ella? ¿Por qué tal sacrificio solamente es bueno para *ella* siempre? ¿Por qué mi padre sale exento?

No puede ser considerado “bueno” amar a alguien a quien le faltan cualidades susceptibles de ser amadas. El amor, entonces, debe ser una forma de pago por virtud.

Debo confesar que entendí esto a los 13 años, cuando era un joven muy superficial. En la escuela, trascendió que iba a invitar a una chica a bailar. Mis criterios, tristemente, estaban solamente basados en el atractivo físico. Cuando mis compañeros de clase me arrinconaron y acosaron para que revele a quién estaba por invitar a salir, finalmente mencioné el nombre de la chica, y me respondieron con un silencio bastante chocante. Esta chica, aunque de reconocido atractivo, era considerada más bien vulgar y hueca.

“¿Por qué la invitarías?”, requirió un amigo.

“Eh, por su... personalidad”, tartamudeé, sin convencer a nadie.

¿Por qué fue que, incluso a tan tierna edad, sentí la necesidad de inventar la *virtud* como fundamento de mi deseo? ¿Hubiese estado mal decir “¡Es que está algo buenorra!” y quedar satisfecho con ello?

Las miradas de quienes me rodeaban eran muy interesantes. No era tanto el hecho de que supiesen que estaba mintiendo – tan obvio era. Era más el hecho de que sabían *por qué* mentía – y en realidad sentían alguna simpatía por ello, pienso.

Sabían que mentía porque es más fácil maquillar “buenas” razones por querer lo equivocado que realmente querer lo bueno.

Y esta lección nos ha sido muy bien enseñada por nuestros maestros – si bien entraré en esto luego.

Cuando tenía más o menos 11 años, robé algo de dinero de mi hermano para comprarme un libro.

Sospechó que yo le robé, y pasó una buena cantidad de tiempo y energía interrogándome para saber de dónde conseguí el dinero para permitirme tal libro. Nunca pudo probar que yo robé el dinero, y lo pude bloquear y eludir con una habilidad bastante decente.

Hay tres cosas que recuerdo muy fuertemente de aquella larga tarde.

1. No estaba atribulado fundamentalmente por el hecho de haber robado, sino solamente preocupado por ser descubierto.
2. Si alguien me hubiese preguntado si robar estaba mal, hubiese dicho “sí”; y hubiera estado hablando en serio.
3. No estaba preocupado con respecto a esa descarada contradicción.

En otras palabras, sabía que robar estaba mal, pero ese conocimiento era una mera abstracción; como saber cuántas lunas tiene Júpiter, o el nombre del baterista de Led Zeppelin. Creía que robar estaba mal; pero lo que eso realmente significaba era que yo sabía que sería castigado si no *decía* que robar estaba mal. Así que lo dije en voz alta, como unas palabras mágicas que repelen el castigo, como cualquier pagano.

Era similar a cómo recitaba mis tablas de multiplicar, antes de que tuviese alguna comprensión real de aritmética. La oración no era “Sí, sé que robar está mal, ¡pero quería un libro!”. Estaba incluso menos relacionada que eso: “Robar está mal, y quería un libro”. Solo dos impulsos, un principio y un deseo, que ni siquiera rondaban cerca el uno del otro...

Así que, ¿sabía yo que robar estaba mal? Claro, creo que sí; pero para mí “mal” solo significaba “desaprobación”. A esas alturas, ya había vivido en una variedad de países y clases sociales, y sabía que “mal” no era nada objetivo, porque el significado de “desaprobación” variaba enormemente de un sitio a otro. Y obviamente yo mismo “aprobaba” tomar el dinero de mi hermano, porque lo hice. Así que por un lado tenía mi pequeña “aprobación”, y por otro la “desaprobación” de mucha otra gente, y pensé: *bueno, si otras personas desaprueban cosas que yo prefiero, entonces seguramente tengo el derecho de aprobar cosas que ellos no prefieren.*

Lógico, tal vez pienses. Amoral, pero lógico – y yo debería estar de acuerdo.

Pero lo importante es que yo sabía las reglas, luego rompí las reglas aplicándolas a mí mismo, y así simplemente inventé nuevas reglas. Esto es, creo, mucho más común de lo que generalmente se admite.

Y así llegamos a la pregunta fundamental: *¿cuán responsables somos cuando nos enfrentamos a nuestras propias hipocresías?*

La jaula abierta

Imagina a un hombre de pie en medio de un gran prado. Pasas algún tiempo observándole, y no tardas mucho en advertir que camina de un lado al otro en un pequeño cuadrado, de cerca de tres metros de lado. Eso es todo, sólo tres metros.

Tras unas pocas horas de observación, comienzas a caminar hacia él. Cuando llegas y extiendes tu mano para saludarle, de repente, tus dedos se queman por un fuerte choque eléctrico de una barrera invisible.

Sobresaltado – y herido – gritas. El hombre levanta la mirada.

“¿Cuál es el problema?” – pregunta.

“¡Me acabo de tropezar con este muro invisible que me dio una sacudida de mil demonios!” – gritas.

Él frunce el ceño – “No he visto nada”.

Tú parpadeas – “¿En serio? ¿Nunca has escuchado, o visto, o sentido esta barrera invisible?”

Él mueve su cabeza lentamente – “¿Qué barrera invisible?”

“¡La que te rodea; la que te mantiene acorralado en este cuadrado de tres metros!”

“¿Qué pequeño cuadrado de 3 metros? ¡No existe tal cuadrado! ¡Puedo ir a donde me dé la real gana!”

“¡No puedes!”

“¿Quién demonios es usted para decirme a dónde puedo y no puedo ir? ¡Yo soy quien decide eso!”

“No estoy diciéndote a dónde puedes o no ir, ¡sólo te digo lo que en realidad estás haciendo!”

“¿De qué cuernos me está usted hablando?”

“Bueno, te llevo observando unas horas, en medio de este prado enorme, y todavía todo lo que haces es caminar tres metros de un lado a otro”.

“¡Puedo ir a donde me dé la maldita gana!” – repite enfadado el hombre.

“Eso es lo que tú dices, ¡pero todo lo que haces es caminar y caminar en un pequeño cuadrado de

tres metros! Si realmente puedes ir a cualquier lugar que te plazca, ¿por qué simplemente no intentas dar un paso más?”

“No tengo ni idea de lo que está hablando” – gruñe – “¡Ahora, salga de mi maldita propiedad!”

“¡Espera, te puedo mostrar!”. Te agachas y levantas un poco de hierba. La arrojas hacia el hombre. A poca distancia de la cara del hombre, las briznas de hierba explotan en llamas y se evaporan. Tú repites esto varias veces, demostrando definitivamente que existe de hecho un campo de fuerza invisible que lo rodea, de aproximadamente tres por tres metros.

“¿Lo ves?” – preguntas ansiosamente – “¿Ves que estás en una jaula invisible?”

“¡Fuera de mi propiedad, maldito loco!” – grita, temblando con ira.

“¡Pero debes saber que estás en una jaula invisible” – gritas – “Debes saberlo, porque nunca intentas atravesar estas paredes. Habrás intentado escaparte alguna vez de esta jaula, y te quemaste con la electricidad; y por eso nunca das más de unos pocos pasos antes de dar la vuelta! ¿No lo ves?”

El hombre saca una pistola, grita que tiene como principio disparar a intrusos, y tú, como es de esperar, sales corriendo.

Esta es la gran paradoja de intentar enseñar a la gente lo que ellos ya saben. Todos afirman tener libertad plena, pero caminan de un lado al otro, atrapados en un pequeño cuadrado. Cada uno está rodeado por las jaulas invisibles de la cultura y la mitología, y lo niega completamente. La evidencia de estas jaulas es muy clara, porque siempre dan la vuelta justo antes de recibir el golpe; pero luego niegan su existencia.

Todo el mundo actúa como si estuviese libre y perfectamente esclavizado al mismo tiempo. Nadie admite estar en una prisión, pero todos arrastran los pies en una celda de 3 x 3.

De igual manera, todo el mundo te dice que ellos son libres, pero en realidad están atrapados en minúsculas celdas de conversación permisible. Todos te dicen que te aman, pero evitan tajantemente hablar sobre lo que es el amor, o lo que aman de ti.

Todos te dicen que seas bueno, pero no tienen ni idea de lo que es el bien; y se pondrán feroces contigo por siquiera tener la temeridad de hacer la pregunta.

Todos hablan sobre la verdad, pero la verdad es que *nadie puede hablar sobre la verdad* – lo que es, cómo se define, cómo se verifica, y su valor.

Responsabilidad

Si el hombre del prado fue puesto en su jaula cuando era niño, habrá descubierto los límites de su confinamiento, dolorosamente, siendo muy joven. Es totalmente concebible que haya terminado de esa manera, evitando las barras de su prisión invisible; para conservar su ilusión de libertad y reprimir el dolor de su reclusión. Como no puedes escapar de tu prisión, por qué no ponerte a imaginar que eres libre.

El hombre no es responsable de haber sido puesto en la jaula de niño; no es responsable de su represión resultante; y no es responsable de no verificar las barras de su jaula sino dar la vuelta antes de tocarlas.

Existen dos cosas, sin embargo, por las que sí *es* responsable.

Lo primero por lo que es responsable es negar la evidencia clara y tangible que contradice sus creencias. Existen dos elementos primarios de evidencia: la hierba que prende fuego; y el hecho de que, aún cuando *dice* ser libre, nunca da más de unos pocos pasos en cualquier dirección antes de dar la vuelta.

Lo segundo por lo que es responsable es cortar la conversación cuando le pone incómodo.

La esencia de la sabiduría es aprender el valor de “quedarse en la conversación”, incluso cuando se vuelve incómoda.

Especialmente cuando te es incómoda.

Falsedad y la conversación

Lo más importante en la vida es no mentir a otras personas; la honestidad es la virtud más importante. Sin embargo, casi siempre que un filósofo saca a colación la virtud de la honestidad, una ventisca de preguntas bloquea su progreso; preguntas diseñadas para encontrar zonas borrosas en los límites del comportamiento ético, tales como: “¿Está bien mentir si alguien te apunta con una pistola a la cabeza y exige saber dónde está tu esposa para matarla?”

Esta pregunta es muy interesante, pero es totalmente irrelevante, así como está el mundo.

En este mundo, estamos tan lejos de ser capaces de decirnos la verdad los unos a los otros que enfocarse en las zonas borrosas de la honestidad práctica es como preguntar a un hombre que llega a una sala de emergencias con una triple fractura si necesita una manicura. O, para tomar otra analogía médica, veo a los filósofos como doctores esenciales en medio de una terrible plaga. Alrededor nuestro la gente se retuerce y muere, y debemos trabajar tan duro como

podamos para salvar a tantos como podamos – con el completo conocimiento de que muy pocos lograrán salvarse. La mayoría de los filósofos modernos, sin embargo, están sentados en el medio de todo este sufrimiento, como doctores debatiendo cuál sería el mejor procedimiento si un paciente se presentase con un ataque al corazón, diabetes, cutícula sangrante y luego de haber sido alcanzado por un rayo.

Mi respuesta a eso es la siguiente: cuando logremos un mundo tan saludable que este tipo de problemas, que surgen una vez por siglo, sean los más importantes que podamos encontrar, ¡ya ni nos haría falta la filosofía!

Entonces arremanguémonos y hagámonos cargo de la plaga que nos está devorando *ahora*, y dejemos los problemas improbables para un futuro más feliz.

La razón por la que el hombre en la jaula invisible anterior puede ser culpado por sus acciones es que te estaba mintiendo a ti.

Cuando empezaste a mostrarle la verdad se sintió incómodo. Al principio se sintió genuinamente desconcertado – si fue una artimaña o no, no podría decirse. Luego, cuando la evidencia empezó a acumularse, tanto lógica como empíricamente, empezó a ponerse hostil.

¿Estaba mintiendo? Claro que sí.

Mentía porque no te decía que se sentía incómodo y, en lugar de eso, parloteaba acerca de su propiedad, decía palabrotas, y terminó desenfundando una pistola.

¿Era honesto esto? No. ¿Este hombre era consciente de que se estaba sintiendo cada vez más incómodo? Por supuesto. ¿Expresó honestamente su incomodidad? No. Lo que hizo fue evadir su propia incomodidad atacándote a ti.

Como ejemplo, cuando me senté a hablar con mi hermano, después de haber decidido dejar de ver a mi madre, me vino con el siguiente argumento:

“Stef, deberías ver a mamá porque, si no la ves, entonces ella estaría ejerciendo control sobre tus decisiones. Si permites que el hecho de tener antipatía hacia ella controle tus acciones, ella ganó, y tú perdiste una libertad esencial”.

“Entonces” – respondí – “si te entiendo bien, me estás diciendo que debería ver a alguien porque me cae bien, y debería ver a la gente que me cae mal porque de otra forma tendrían poder sobre mí. En otras palabras, no hay nadie a quien yo debería dejar de ver.”

Como siempre, suspiró y encogió sus hombros.

“Pero déjame decirte qué me molesta de esta familia” – continué – “Siento fuertemente que nunca se me permite tener preferencias reales. O sea, se me permite tener preferencias a mi manera, pero nadie jamás respeta esas preferencias y cambia sus acciones. Tú prefieres que vea a mamá, y así intentas que yo cambie mis acciones en función de tus preferencias. Sin embargo, al mismo tiempo, me dices que mis preferencias no significan nada en términos de a quién veo. ¿Pero cómo pueden *tus* preferencias requerir un cambio en mis acciones, sin que *mis* preferencias requieran cambios en mis acciones?”

Triste e inevitablemente, la conversación terminó al llegar a ese punto.

Para mí estaba claro en ese momento que mi hermano se encontraba muy incómodo con mis preguntas. Emitía todas las señales usuales: labios apretados, volteo de ojos, encogimientos rígidos de hombros y fruncimientos de ceño sin fin. Sentí gran resistencia, como si estuviese arrastrando un arado, y le pregunté a mi hermano si se sentía incómodo. Me dijo que no.

Este fue, por supuesto, el momento clave en nuestra interacción. Si hubiese sido honesto conmigo, y me hubiese dicho que se sentía incómodo, podría haber hablado sobre su incomodidad, y las formas en las que esa incomodidad podían haber afectado su posición.

Al decirme que estaba haciendo algo mal, cuando lo que estaba pasando realmente era que mis decisiones le estaban causando incomodidad, mi hermano me estaba mintiendo. Estaba, esencialmente, intentando gestionar su propia incomodidad imponiéndome mandamientos morales. Intentó apelar a mi propio interés basado en un vago “criterio superior” y, cuando eso falló, desaprobó mi “resistencia”. Mi decisión de no ver más a nuestra madre le creó gran ansiedad, porque abría la posibilidad de opción donde antes sólo había un absoluto.

Este fue un aspecto esencial de nuestra interacción. Si llego a vivir cien años, creo que habré tenido una larga vida. Sin embargo, si resulta que la tecnología puede permitirnos vivir hasta los 200 años, cien años ya no me parecerían tanto una larga vida. Donde no existe posibilidad de alcanzar los 200 años de edad, no nos sentimos ansiosos si no podemos alcanzarlos. Si no existe la posibilidad de *no* ver a tu propia madre, entonces nos sentimos mucho menos ansiosos si continuamos viéndola; incluso si, en el fondo, no lo quisiéramos.

Sin embargo, en el momento en que alguien dice: “No volveré a ver a mi madre”, se crea una gran ansiedad interior; porque ahora existe la posibilidad de que *en el fondo realmente queramos* lo que antes pensábamos era imposible.

Cuando tomé esa decisión, mi hermano tenía dos opciones sobre cómo gestionar su ansiedad. Podía examinar esa ansiedad e intentado entender su fuente; o, podía intentar reducir su ansiedad manipulándome para que vuelva a ver a mi madre.

Cuando la *opción* entra en nuestras vidas, donde antes nos parecía que existían sólo los absolutos, sentimos ansiedad; porque en el fondo sabemos que esa opción siempre existió, pero se nos dijo que estaba *mal* pensar en esa opción. Emocionalmente, esto nos lleva de nuevo a nuestros traumas tempranos, a través de los cuales nos fue impuesta la “cultura” – y así a una profunda y amarga crítica de nuestros padres y maestros – a darnos contra el invisible cerco eléctrico del castigo mitológico.

Pero eso sí es algo que no queremos hacer, ni en sueños...

Si alguien escapa de prisión, tienes dos opciones: puedes intentar escapar también, o puedes ayudar a los guardias a traerlo de nuevo a prisión. El punto de inflexión de la decisión es lo que decides hacer con tu propia ansiedad. Si decides hacer frente a su ansiedad como un estado *interno*, relacionado con tus creencias internas, tu historia, tus falsas lealtades a virtudes falsas; entonces serás catapultado hacia el viaje de crecimiento que inevitablemente resulta de dejar de usar a otras personas para gestionar tus emociones.

Es una triste realidad que, para la mayoría de las personas, su prisión no se *siente* como tal hasta que alguien intenta salir de ella. La conclusión a la que ellos saltan es que es la persona que ha escapado quien realmente *la convirtió en prisión* – ¡por el mismo acto de escaparse de ella! Es una locura, por supuesto, pero algo demasiado frecuente.

Cuando me senté con mi madre, hace unos ocho años, una interacción muy similar ocurrió, como cabía esperar. Y, justo también como cabía esperar, ella fue mucho más eficiente que mi hermano, porque sólo ella se lo enseñó.

La conversación principal fue así:

“Mamá, siento que no me escuchas”.

Mi madre respondió: “No seas tonto – ¡claro que te escucho!”

¿Realmente necesitas ayuda para entender la descarada contradicción de esta interacción?

Lo dudo.

Explotación

Si estoy enfermo, y necesito que me dones un riñón, tengo cuatro opciones generales:

1. Te podría decir que me gustaría que me donaras un riñón, sin expectativas de que debas hacerlo.
2. Puedo decidir no pedirte un riñón.
3. Puedo decirte que realmente necesito que dones un riñón, y que deberías hacerlo porque yo así lo quiero.
4. Te puedo decir que es inmoral negarse a donarme un riñón, y así tú quedas obligado moralmente a darme tu riñón, de la misma forma que estás moralmente obligado a devolver un préstamo.

En el primer caso, simplemente esto expresando mi verdadero y honesto deseo de tener tu riñón. No te estoy manipulando; no te estoy intimidando; te estoy diciendo lo que quiero. Mi petición no es una demanda; y mi petición, fundamentalmente no es de tu riñón, sino que entiendas que a mí me *gustaría* recibir tu riñón.

Esto es una diferencia crucial, que muy fácilmente es pasada por alto. Decir “Me gustaría su riñón”, no es decir “¡Déme su riñón!”. Decir “Me gustaría ser un astronauta”, no es decir “¡Hazme astronauta!”.

O soy libre de expresarte mis pensamientos y sentimientos, o no lo soy. Si soy libre de hacerlo, entonces, por supuesto, debo ser libre de expresar lo que preferiría que hicieras, si es eso lo que pienso.

Si tú interpretas mis preferencias como mandamientos que debes *cumplir*, entonces naturalmente preferirás que yo nunca exprese una preferencia. Si odias el sabor del helado, pero cada vez que yo digo: “Me gusta el helado”, tú tuvieses que comerte una bola de helado, obviamente preferirías que yo no dijera más “Me gusta el helado”. Dado que mis deseos te esclavizan a ti, tú debes esclavizar mis deseos.

La mejor y más terrible forma de esclavizar a otro ser humano es interpretar sus deseos como mandamientos. Si cada vez que expreso mis preferencias, tú las interpretas como mandamientos, entonces deberás sentirte obligado inevitablemente a controlar, minimizar, ignorar o atacar mis preferencias.

En otras palabras, si mis deseos son mandamientos, entonces mis preferencias son ataques hacia ti.

Y el único antídoto contra esto es la curiosidad.

Curiosidad

Lo opuesto a la tiranía es la curiosidad. Lo opuesto a la ignorancia es la curiosidad. Lo opuesto a la manipulación es la curiosidad.

Lo opuesto de la inmadurez es la curiosidad, porque ser curioso es ser sabio.

¿Cuál sería la más lógica y madura respuesta a la declaración: “Me gustaría que me des tu riñón”?

Es:

1. “Claro, aquí lo tienes; incluso lo congelé para ti.”
2. [pasmado]
3. “No me preguntes; me pone incómodo.”
4. “¿Cómo va la selección?”
5. “Te he dicho que no juegues al rugby; nunca me escuchas. No puedo creer que tengas los huevos para pedírmelo... ¿así de egoísta y manipulador puedes llegar a ser?”
6. “Cuéntame.”

Si realmente entendemos la naturaleza de la declaración: “Tengo un sentimiento llamado *Preferiría que me des tu riñón*”, entonces podemos examinar juntos la naturaleza de ese sentimiento. Si estoy en la parada del bus, y una mujer al lado mío me dice “Creo que va a llover”, sería bastante lógico que yo preguntara, si me diera la curiosidad “¿Cómo sabes eso?”. Argumentar acerca de si la lluvia es inminente o no sería ilógico, porque la mujer no dijo “va a llover”. Lo que dijo fue “creo que va a llover”, que es bastante diferente. Es una declaración de experiencia interior, no una predicción externa, mandamiento o expectativa.

Si yo te digo “Soñé con un elefante anoche”, ¿podrías estar lógicamente en desacuerdo conmigo? Tú podrías no estar particularmente interesado en mi sueño, pero poco sentido tendría discutir mi declaración. O te estoy diciendo la verdad, o no. Si estoy diciendo la verdad, no hay nada que discutir; si no lo hago, sigue sin haber nada que discutir, porque nunca tendrás la más mínima evidencia de que yo estoy mintiendo.

Así, cuando yo te digo “Me gustaría que me des tu riñón”, son las primeras tres palabras las importantes, no las últimas cuatro. Pero todo el mundo se enfoca en las últimas cuatro, las considera una exigencia intimidatoria, y así debe pasar el resto de su mortal existencia gestionando y controlando las primeras tres.

Los enunciados de *preferencia* son solamente enunciados de experiencia interior y, si nos importa la persona que los expresa, seremos *curiosos* con relación a su experiencia interna.

Así, para extrapolar a algo un poco más genérico que los riñones, si haces algo que me molesta, tengo cuatro opciones generales:

1. Puedo decirte que estoy molesto por lo que estás haciendo, sin mayor expectativa de que debas cambiar su comportamiento.
2. Puedo abandonar la situación.
3. Puedo decirte que lo que haces me molesta, y que deberías dejar de hacerlo porque me molesta.
4. Te puedo decir que lo que haces es inmoral, y que deberías dejar de hacerlo porque está mal.

Por supuesto, si la gente en general fuese madura y sabia, elegirían mayormente lo que estaba detrás de la puerta número uno – ocasionalmente, ellos se irían por puerta número dos por un breve período de tiempo si estuviesen disgustados, pero nunca abrirían las puertas tres y cuatro.

Sin embargo, el mundo ni es sabio ni maduro, y así los niños rápidamente aprenden que, cuando los adultos están disgustados o ansiosos, es el comportamiento de los *niños* el que siempre debe cambiar. Si mi madre está ansiosa porque yo tengo citas, la “solución” es que yo no tenga citas. Si mi padre se siente avergonzado por mi ausencia de la iglesia, debo ir a la iglesia. Si mi madre se sentirá avergonzada porque no bese a mi maloliente abuela, ¡a aguantar la respiración! Si mi madre se sentirá mortificada por arrebatarse a otro niño su juguete, la solución es “jugar sin peleas”. (Por supuesto que en realidad no debería arrebatarse juguetes; el problema es que mi madre no se muestra curiosa sobre por qué lo hago, sino simplemente controla los síntomas, en vez de preocuparse por entender la causa.)

Ataque

Cuando tenía unos 14 años, tomé un curso de verano en la escuela, desesperado por salir del gulag mental de la escuela pública lo más rápido posible. Tenía un profesor frágil y beligerante, que exigía que nos presentáramos en el lugar a las 8:30 am, pero luego nos hacía sentar y leer un libro de texto durante los primeros 30-40 minutos de la clase. También mostraba documentales aburridísimos, hablaba sin entonación, y estaba completamente obsesionado con las teorías de conspiración en el asesinato de John F. Kennedy.

Ocasionalmente me ponía muy soñoliento y descansaba mi cabeza sobre mi escritorio por unos minutos. Nunca me dormí, pero ciertamente podría haberse visto así.

Después de un par de semanas de clases, me levanté a dar una presentación sobre la esclavitud. Justo antes de empezar, este profesor levantó su mano y ordenó a todos que pusieran sus cabezas sobre sus escritorios.

Todos los niños estaban muy confundidos, como podrás imaginar; yo también lo estaba. Luego de unos pocos minutos de acoso y órdenes, toda la clase acabó con sus cabezas sobre sus escritorios. Mi rostro estaba muy pálido. Yo estaba alarmado, que es lo mínimo que se podría decir.

Cuando la cabeza de todos estaba sobre el escritorio, el profesor dió la vuelta y literalmente me gritó: “¿Ves cómo se siente? ¿Ves cómo se siente cuando intentas enseñar a la gente algo y bajan sus cabezas sobre sus escritorios? ¿VES CÓMO SE SIENTE? ¡ESO ES GROSERO! ¡NO LO HAGAS!” – sus venas abultándose en el cuello.

Y entonces, por supuesto, exigió que yo diese mi presentación.

¿Qué estaba pasando aquí?

Lo asombroso acerca de la gente que abusa de niños, es que realmente no tienen idea de cómo los niños los ven realmente. Yo sabía que él tenía todo el poder; pero realmente aquello fue un espectáculo muy triste; sentí una fuerte impresión de una vida fútil, patética y de autodesprecio. Tal vez ellos imaginan que abusar de niños les hace ver fuertes, pero el grado de odio que sentí, y siento, hacia aquellos que maltratan a los débiles es casi inefable; y no creo estar solo en esto. Cuando pensamos en ese desprecio radioactivo que los adolescentes tienen hacia sus padres y otras figuras de autoridad, creo que es bastante sencillo ver que maltratar niños no genera respeto – como golpear a una mujer no genera amor.

Llamemos Bob a este profesor, puesto que ni me acuerdo de su nombre después de todos estos años. Claramente, Bob no parecía ser un buen profesor, porque un buen profesor consideraría con curiosidad a un alumno cansado. Podría estar cansado por no poder dormir, o tener problemas en casa, o tener un desequilibrio hormonal, o alguna otra razón que poco tiene que ver con su habilidad para enseñar – o podría estar cansado porque él es un profesor aburrido.

Si Bob no muestra *curiosidad* sobre por qué estoy cansado, entonces nunca lo sabrá. Si estoy enfermo, o estresado (y yo tenía tres trabajos en este punto de mi niñez), él podría haber sido capaz de ayudarme de alguna forma; o, al menos, hubiese podido establecer que no era por ser un profesor aburrido.

Si descubre que estoy soñoliento porque es un profesor aburrido, entonces obviamente eso puede ser doloroso para él; pero tengo la absoluta seguridad de que Bob hubiera preferido ser un profesor emocionante a uno aburrido. Si él se hubiese tomado la molestia de intentar descubrir, conmigo, por qué yo estaba con sueño, entonces podría haber podido aprender cómo ser un profesor más emocionante; lo que hubiese estado alineado con sus propios valores y le hubiese hecho más feliz.

La verdad del asunto, por supuesto, como hemos visto anteriormente, es que, en el fondo, Bob estaba absolutamente convencido de que era un profesor terrible. Cuando apoyé mi cabeza sobre mi escritorio, confirmé sus peores miedos, que rechazó violentamente.

Cuando entendemos el poder de la mitología, queda claro lo poco que Bob entendía acerca de lo que yo estaba haciendo, y lo que estaba comunicando.

Cuando apoyé mi cabeza sobre mi escritorio, yo no estaba diciendo “Bob, eres un terrible profesor”. No estaba diciendo “Apoyo mi cabeza sobre mi escritorio para desafiar tu autoridad”. No estaba diciendo “Apoyo mi cabeza sobre mi escritorio porque soy un individuo grosero y egoísta al que no le interesan los sentimientos de nadie más”.

Cuando apoyé mi cabeza sobre mi escritorio, solamente estaba diciendo “*Estoy cansado*”.

Todo lo demás era pura mitología; cuentos de hadas viciosos y paranoicos.

Todo lo demás eran cosas de Bob, que inventó de manera que pudiera evitar a toda costa mostrarse curioso.

¿Por qué? ¿Por qué le daba tanto terror la curiosidad?

Es simple.

La razón por la que no somos curiosos es porque ya sabemos las respuestas, y no nos gustan.

Sabiduría y dolor

El dolor es la manera que tiene nuestro cuerpo de decirnos con qué necesitamos lidiar; de ayudarnos a priorizar nuestras acciones relativas a la salud. Nuestro cuerpo no nos informa sobre órganos que están funcionando bien, pero, desde el momento en que un diente se infecta, ¡vaya que nos *enteramos*!

En otras palabras, el dolor nos dice qué necesitamos hacer. Si nos duele un diente, necesitamos ir al dentista. El dolor nos informa sobre los problemas que necesitamos resolver.

Si pensamos en el mundo de antes de los anestésicos, es fácil entender que normalmente teníamos que aceptar un incremento de dolor para poder sanar. Un diente infectado debía ser extraído. Hoy en día, a veces, necesitamos pasar por el dolor de la quimioterapia para tratar el cáncer.

Este es el desafío del dolor; no nos gusta, pero a veces debemos aceptar un incremento temporal de dolor para estar más sanos.

Si me rompo una pierna, realmente duele; es por eso que dejo de moverla. Una vez que mi pierna se cura, para recuperar la fortaleza total y la movilidad, debo resistir el dolor de la fisioterapia.

Las lesiones también pueden hacernos más fuertes. Si sobrevivo un ataque al corazón, puedo optar por perder peso, comer mejor, ejercitarme, etc.; puedo de hecho ponerme más sano de lo que estaría si jamás hubiera tenido un ataque al corazón. De forma similar, si me rompo una pierna, esta puede terminar siendo más fuerte como resultado del ejercicio requerido para restaurar la fuerza y la movilidad. Perder un diente puede generar un deseo de mejor higiene oral.

Existen varias diferencias clave entre el dolor físico y el psicológico, sin embargo, que necesitas entender si deseas estar más sano y feliz a largo plazo.

La primera y más importante diferencia es que el *dolor psicológico puede ser transferido de una persona a otra*. Si me duele el diente, no puedo transferirte mi dolor; pero justamente lo contrario pasa con el dolor psicológico, al menos a corto plazo.

Si siento ansiedad sobre lo que estás haciendo, puedo reducir temporalmente esa ansiedad forzándote a cambiar tu comportamiento, de la misma manera que puedo reducir temporalmente el dolor de un diente tomando analgésicos; la diferencia estriba en que, cuando yo tomo analgésicos, tú no sientes mi dolor de dientes.

La transferencia de dolor psicológico casi siempre ocurre en una relación jerárquica, como la de padre-hijo, jefe-empleado, un matrimonio dominante/sumiso, etc. La impotencia y la dependencia – reales en el niño y fantasiosas en el adulto – se requieren para estar en el extremo receptor de este tipo de explotación emocional parásita.

Esta es la razón principal de que existan relaciones de poder hegemónicas o jerárquicas. No tiramos nuestra basura en un basurero porque resulta que simplemente está allí; el basurero existe solamente porque necesitamos tirar nuestra basura en algún lado. De la misma forma, no explotamos a la gente por su indefensión; los hacemos indefensos *para poder explotarlos*.

Bob no terminó abusando de niños porque tenía poder como profesor; buscó el poder como profesor para poder abusar de niños.

El poder no crea corrupción; el deseo de corrupción crea poder.

Cuando estamos sumidos en la agonía de una angustia, es contrario a la intuición desear sentir más de esa agonía; de la misma forma que es contrario a la intuición desear extraer un diente que ya está doliendo, o empezar una quimioterapia cuando no te sientes enfermo.

Sin embargo, eso es precisamente lo que es necesario si queremos estar sanos.

Si decido no ir a fisioterapia tras curarse mi pierna rota, yo seré el único que debe vivir con la debilidad resultante y la falta de movilidad. Si decido gestionar mi ansiedad atacando a los indefensos, sin embargo, consigo un alivio temporal de mi incomodidad infligiendo mi sufrimiento a otros.

Y así es como el sistema completo se reproduce a sí mismo.

En esencia, al intentar humillarme tan horrendamente, Bob estaba intentando infectarme con el virus del abuso. Puesto que él no era lo suficientemente maduro o sensato para asumir la propiedad de sus propias emociones, inevitablemente creyó que yo era la fuente de su ansiedad. Dado que yo le estaba “infligiendo” ansiedad a él, estaba actuando de una forma “hostil”, exactamente como si yo estuviese inyectándole un veneno; y así su ataque hacia mí era una forma retorcida de autodefensa.

Más aún, al infligirme su “humillación”, Bob estaba demandando empatía por sus sentimientos; pero, si la empatía es un valor, ¿por qué no tenía él empatía por mi agotamiento?

Sin duda, Bob había sido ignorado y repetidamente humillado de niño, y forzado a cumplir con los caprichos irracionales de aquellos que tenían poder sobre él. Los mecanismos naturales de identificación de patrones en su cerebro crearon así un mandamiento universal: “¡Debes obedecer a aquellos que están en el poder!” – o, más precisamente: “Desobedecer a aquellos que están en el poder hará que tú seas atacado y humillado.”

La agonía psicológica que resulta del establecimiento de este principio tiene tres componentes principales.

El primero es la pena y la vergüenza que resulta de ser humillado.

El segundo es el horror de quedar atrapado a merced de aquellos que actúan abusivamente.

La tercera es la rabia que resulta de que se diga que tal abuso es en realidad virtuoso – “¡Esto es por tu propio bien!”

Cuando somos abusados de niños, se nos pone en un terrible apuro, porque somos completamente dependientes de nuestros abusadores. Una forma de “síndrome de Estocolmo” se establece, y nos forzamos a nosotros mismos a “respetar” a aquellos que abusan de nosotros. Esta es una estrategia de supervivencia sumamente comprensible, porque el horror de saber que estaremos bajo el control abusivo de nuestros padres durante largos años sería una carga demasiado grande. También, dado que se nos castiga por no mostrar respeto, es más fácil sólo “respetarlos” antes que fingirlo continuamente; lo cual ellos indudablemente percibirán, y castigarán.

Es más, dado que el abuso está encubierto siempre tras justificaciones moralistas (“¡Es moralmente reprochable desobedecerme!”), también experimentamos un horror *existencial*, porque sabemos que nuestros padres están usando términos morales – y nuestro propio deseo del bien – para humillar, controlar e intimidarnos. En otras palabras, ellos *usan el bien al servicio del mal*, lo que es la peor corrupción de todas.

Así, se nos lleva inevitablemente a invertir los criterios morales racionales: intimidar a los indefensos de pronto se convierte en virtud.

Absolutos

Podemos elegir no comer, pero no podemos eliminar nuestra necesidad corporal de comida. Podemos elegir saltar de un risco, pero no podemos optar por desafiar la gravedad. Podemos fingir que las mentiras son verdades, y que los vicios son virtudes; pero no podemos convertir la verdad en mentira, o la virtud en vicio.

No podemos eliminar la verdad en nuestro interior; sólo reprimirla y distorsionarla.

Fundamentalmente, la filosofía no es invención, sino excavación; no exploración, sino arqueología.

Cuando se nos abusa de pequeños, como seguramente lo fue Bob, desesperadamente tratamos de adormecer nuestro dolor imaginando que nuestros abusadores son virtuosos. En el fondo, sin embargo, sabemos la verdad. Así es que estas distorsiones nos causan tanta agonía a largo plazo.

Podemos usar a otras personas para gestionar nuestras ansiedades tan seguro como podemos usar las drogas y el alcohol para gestionar nuestras ansiedades.

La disparidad entre las mitologías que debemos inventar para sobrevivir a nuestras infancias, y la realidad que sabemos es cierta, es la fuente más fundamental de nuestra depresión y ansiedad.

En otras palabras, la fantasía es la cicatriz del abuso.

Cuando Bob me vio descansar la cabeza sobre el escritorio, “creé” ansiedad en él porque no estaba actuando bajo una premisa que él creía era un absoluto moral: “¡Debes respetar y obedecer a los que están en el poder!”. Su reacción histérica a mi cabeceo inocuo no fue a causa de creer que yo debería obedecer a los que tienen el poder; sino porque, en el fondo, sabía que de hecho era *inmoral obedecer a los que están en el poder*; y porque también sabía que, si alguien en el poder exige obediencia, es porque esa persona *es inmoral*.

En otras palabras, él evitó el dolor de su propio abuso fingiendo que no fue abusado – fingiendo que sus abusadores eran virtuosos. Hizo esto transformando el control que se le impuso – que parte de un principio práctico de obediencia – en un criterio moral de perfección.

Justificación como predicción

Imagina que vivo en Inglaterra, y llevo décadas despotricando contra los inmigrantes que no se molestan en aprender inglés. “¿Cómo puedes venir y vivir en un lugar, y nunca tomarte la molestia de aprender el idioma? Es irrespetuoso, es grosero, y es cerrado. ¡Cualquiera que quiera ser un ciudadano decente *debe* tomarse la molestia de aprender el idioma!”

Publico incontables artículos sobre esto, hago discursos al respecto, y termino amistades con aquellos que están en desacuerdo conmigo.

En otras palabras, estoy *muy* comprometido con la idea.

Luego, imagina que me mudo a Suecia. Vivo en Suecia por un año, y vuelvo a Inglaterra para una visita.

“Entonces, ¿qué tal Suecia?” – me preguntas.

“¡Fantástico!” – respondo.

“¿Y cómo va tu sueco?”

“Oh, no estudié nada de sueco. ¿Para qué?”

¿Te sorprendería esto? ¿Sentirías que soy algo hipócrita? ¿Sentirías un gran deseo de interrogarme más atentamente acerca de mi creencia, fuerte y abiertamente profesada, de que los habitantes de un país están obligados moralmente a aprender el idioma?

Si yo explicase la inconsistencia entre mis creencias y mis acciones diciendo que resulta que es muy difícil aprender un nuevo idioma, y que no es necesario si vives dentro de los confines de un grupo cultural expatriado, ¿te sentirías obligado a hacer notar que esto es *exactamente lo contrario* de la posición que he tomado pública y furibundamente por muchos años?

Imagino que me sugerirías que escriba un artículo de continuación, basado en mi nuevo entender, por el que me retracto de mis puntos de vista previos.

¿Mi negativa general a hacer cualquiera de esas cosas afectaría tu opinión sobre mí?

Este es el ciclo del abuso.

Cuando, de niños, justificamos los abusos de nuestros padres para sobrevivir a la situación, estamos estableciendo juicios morales absolutos sobre el uso correcto y apropiado del poder. “Es bueno moralmente, para aquellos que tienen el poder, herir a quienes no tienen poder, para protegerlos, guiarlos, o ‘hacerlos más fuertes’.”

Así es como justificamos y sobrevivimos el daño que nos hicieron.

Esta es la razón por la que repetimos tantas veces y re-infligimos el daño que nos hicieron.

Si yo fuese un británico públicamente xenofóbico que se mudó a Suecia, sería perfectamente consciente de todas las críticas a las que me enfrentaría si no intentase aprender sueco. Sabría que tendría que aprender sueco – y aprenderlo bien – o repudiar públicamente mis opiniones anteriores.

Oscilar de esta manera entre principios es muy humillante, porque cada uno que proclame una verdad inevitablemente afirma que esa verdad está basada en la razón y la evidencia. Nadie publica una “verdad” afirmando que está basada en simple opinión sin sustento; porque entonces, por supuesto, no sería la verdad.

Así, alguien que afirma “la verdad” siempre dice que esta simplemente deriva de la razón y la evidencia. Incluso aquellos que tienen a la “fe” como base de sus creencias dicen que esta provee evidencia, de modo que es racional creer en verdades basadas en la fe.

Si alguien que enuncia una verdad tiene que renunciar más tarde a su posición, puede hacerlo de forma creíble únicamente si surge nueva evidencia. Por ejemplo, si resulta que el universo está impulsado por duendecillos invisibles en norias, deberé revisar algunas de mis opiniones sobre la realidad; pero solamente porque ha salido a la luz nueva evidencia.

Sin embargo, si no sale a luz nueva evidencia, entonces claramente la evidencia no puede ser citada creíblemente como justificación de la posición anterior. Lo que resulta claro es que la posición anterior estaba basada en prejuicio, *y la razón y evidencia fueron citadas como justificaciones.*

Este es un punto esencial, y muy similar a las hipocresías éticas y culturales discutidas anteriormente.

Cuando cito la razón y la evidencia como justificación de mis creencias, estoy afirmando el poder de la razón y la evidencia. En otras palabras, acepto y respeto totalmente la primacía de la razón y la evidencia para determinar la veracidad de las creencias.

Si resultara que no tengo razón o evidencia real para mis creencias, entonces estoy involucrado en el mismo tipo de actividad hipócrita y terrible perpetrada por aquellos que usan argumentos morales para fines inmorales. Estoy usando la razón y la evidencia para apoyar el fanatismo subjetivo.

Esta hipocresía se encontraría en la raíz de mis pronunciamientos públicos y privados con respecto a la verdad. Si sale a la luz que he estado usando los valores de la razón y la evidencia para promover el fanatismo y el prejuicio, entonces no sólo se convierten todos mis pronunciamientos previos en algo peor que inútil, sino que me descubro como un hipócrita, un fraude y un manipulador.

Toda mi credibilidad quedaría acribillada. Todas mis declaraciones previas se volverían ejemplos no de verdad empírica, sino de completa hipocresía.

Nada bueno.

Esto es exactamente lo que sucede cuando, llegados a la edad adulta, mantenemos las justificaciones de los abusos que recibimos en nuestra niñez por parte de nuestros padres.

Si creemos que el abuso de poder es bueno moralmente, inevitablemente acabaremos abusando del poder. Si voy a Suecia, pero no aprendo sueco, entonces debo mentir y tergiversar; o fingir que aprendí sueco, o que estoy por aprender sueco... O bien tendré que entrar en el mundo mágico de “esto es de alguna forma *diferente*”, lo cual requerirá inevitablemente que sustituya agresión por coherencia cuando sea cuestionado.

Repetimos lo que elogiamos. Nuestras justificaciones guían nuestras vidas con tanta seguridad como las vías guían al tren. Las mentiras que creemos hoy son las vidas que viviremos mañana.

El profesor que me humilló lo hizo porque creía que eso era lo que deben hacer quienes están en el poder.

Casi todos, cuando se enfrentan a la opción entre la hipocresía o el abuso, eligen el abuso.

El sadismo como salvación

Si voy al médico porque me enfermé fumando, y el doctor prescribe un tratamiento que me causa dolor, mi doctor no es cruel, sino servicial. El doctor no me busca y lastima porque es un sádico; más bien yo debo acudir al doctor por una cura porque me hice daño fumando. No debería guardar rencor al médico por el dolor de su cura, sino darle las gracias por su capacidad de ayudarme. El doctor no es responsable por mi dolor, sino yo.

Un niño nacido en una prisión casi seguro dirá: “Yo no obedezco a los guardas de la prisión porque sean sádicos con porras, sino porque los guardas de la prisión son moralmente virtuosos y tratan de ayudarme.”

Pagamos un terrible precio por creer esto, como pasa con todas las fantasías.

Si los guardas de mi prisión me golpean con porras, les debo obedecer. Si acepto que les obedezco porque me golpean con porras, me sentiré terriblemente humillado e impotente, pero retendré una precisa evaluación de la situación.

También puedo optar por reducir mi humillación imaginando que cumplo, no porque me golpean, sino *que se me golpea porque desobedezco*. No es el desacuerdo con los *caprichos* de los guardias que me golpean, sino mi incumplimiento de las “virtudes morales”. Los guardas no me golpean por ser sádicos; me golpean porque soy “malo”. Los guardias no son responsables por golpearme; yo soy responsable por ser golpeado. Los guardias no intentan humillarme; están tratando de ayudarme, de hacerme una mejor persona; de igual manera que el doctor está tratando de ayudarme sanándome de nuevo.

¿Ves cómo la agonía de la corrupción moral puede transferirse de una persona a otra?

Si mis padres me pegan, no porque *ellos* son malos, sino porque *yo* soy malo, puedo retener algún sentido del honor y control dentro de una situación abusiva y desesperada.

Sin embargo, si mantengo esta fantasía de adulto – habiendo ganado poder sobre otros – entonces mi estrategia de supervivencia se convertirá en destrucción explotadora. La ecuación de abuso más virtud que antes me permitió sobrevivir ahora me corrompe. Me he convertido en lo que originalmente temía y despreciaba.

Así, cuando mis acciones entraron en conflicto con la creencia de Bob de que es virtuoso obedecer a los poderosos, creé gran ansiedad en él, y disparé sus defensas al evocar todas sus memorias de abuso.

Estaba creando una opción donde él creía que sólo existía un absoluto. Yo también estaba actuando de una manera “inmoral”; y se le ha enseñado a él de niño que está bien atacar a alguien que actúa inmoralmente.

Así, para defender sus fantasías acerca de la virtud de sus padres; para evitar la creciente ansiedad y horror que sintió acerca de las mentiras que debió inventar para sobrevivir a su propio abuso; para aplastar la libertad que yo poseía y que él no; para legitimar un falso absoluto moral, mediante el cual recrear el abuso de sus padres y ser la “mala” persona que ellos decían que era... él me atacó.

Si nunca hubiese entendido esto, muy probablemente me habría convertido en Bob, y hubiese pasado a transferir mi propio abuso.

Si hubiese tomado el abuso de Bob personalmente, habría absorbido una agonía que hubiese infligido inevitablemente a otros, más probablemente niños.

Pero el abuso de Bob no tenía más que ver conmigo que mi somnolencia tenía que ver con Bob.

Él arremetió contra mí porque sabía la verdad en el fondo, pero no la podía aceptar.

Él intentó humillarme porque, en su propia mente, uno de nosotros debía ser humillado, ¡y yo empecé!

Él hizo el mal para proteger la “virtud” de lo malo.

Y es hora de que nosotros – todos nosotros, alrededor del mundo – pongamos fin a eso.

Cómo cambiar

Mi intención era originalmente que este libro fuese más largo pero, al llegar a este punto en el texto, empecé a sentir una creciente ansiedad que me resultaba difícil entender. Pensé que podría ser porque empecé este libro sin un plan, y ya estaba perdiendo el rumbo. En cuanto mi esposa y yo releímos el libro, sin embargo, nos quedó claro que fluía bastante bien.

Anoche fuimos de paseo y discutimos su contenido y su forma. En poco más de 16 meses he producido más de 800 podcasts, ¡así que no es que se me vayan a acabar las cosas de que hablar!

Sin embargo, cuando has estado inmerso en una disciplina por un cuarto de siglo, puede ser duro recordar cómo es cuando se empieza. Ahora estoy bastante seguro de que mi ansiedad venía de mi preocupación por sacar un libro largo y muy duro de digerir. Cuando quieres comerte un postre, cinco tartas no son mejor que una.

Hablaremos seguramente de nuevo, pero creo que hemos hablado bastante por ahora.

Las ideas en este libro cambiarán tu vida si piensas en ellas y actúas de acuerdo con ellas. El propósito de la filosofía no es el pensamiento, sino la acción; de la misma forma que el propósito de la medicina no es el tratamiento, sino la salud.

Estas ideas están en tu mente ahora, y nunca se irán. No serás más capaz de desaprenderlas que desaprender que dos más dos son cuatro. Así que es esencial que tu viaje no se detenga tras leer este libro. Es esencial que la filosofía sea una *conversación* en tu vida; que hables acerca de tu experiencia de estas ideas con aquellos a tu alrededor, sin importar que tan aterrador sea.

Este libro no es un llamado a la meditación, sino a la acción.

En un mundo lleno de falsedades, la verdad te aislará si no te quedas en la conversación.

Así, diciendo la verdad, ve y vive la verdad.